

2237

PABLO PARELLADA

Colonia veraniega

COMEDIA

en tres actos, en prosa, original

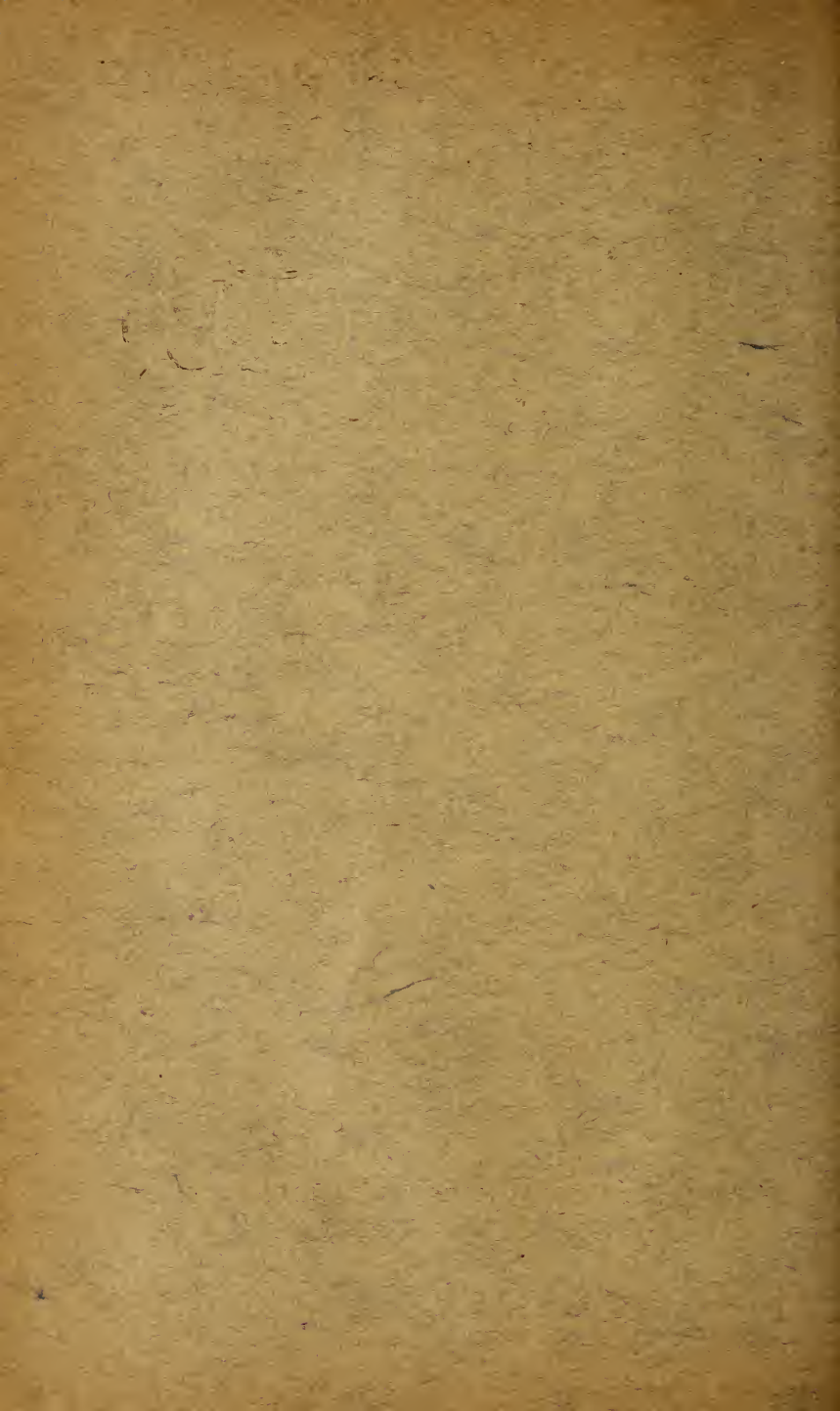


Copyright, by Pablo Parellada, 191

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

8



COLONIA VERANIEGA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

COLONIA VERANIEGA

COMEDIA

en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

PABLO PARELLADA

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el 8 de Fe-
brero de 1918



MADRID

R Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup

TELÉFONO, NÚMERO 551

1918

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ETER, hija de.....	Mercedes Pardo.
DOÑA JULIA.....	Joaquina del Pino.
DOÑA FELISA.....	Rafaela Lasheras.
DOÑA SERAPIA.....	María Brú.
CLETA.....	Concha Zeda.
BENITA, criada.....	Magdalena Abrines.
HONORATA, ídem.....	Carmen Cachet.
CUYÁS.....	Rafael Ramírez.
LORENZO MUNDI.....	José García Aguilar.
DON MARTÍN, padre de.....	Francisco Alarcón.
ARCADIO.....	Alejandro Maximino.
MALAQÚÍAS PÉREZ.....	Pedro González.
YA, criado negro.....	Antonio Estévez.
CAMARERO.....	Víctor Codina.
UN MECÁNICO (No habla).....	Enrique Echevarría.

La acción en una barriada de hoteles para veraneantes, cerca de un pueblo del Guadarrama.— Epoca actual.

Indicaciones, del lado del actor



ACTO PRIMERO

Cercanías de un pueblo en la falda del Guadarrama. Dos hoteles de construcción sencilla y moderna, uno a cada lado, con las fachadas mirando a escena; los dos tienen puerta de acceso y una ventana practicable, por lo menos. Un murete de ladrillo de sesenta centímetros de alto, encima del cual hay una verja muy sencilla y clara, de hierro, y de un metro de alta, divide la escena y, por lo tanto, el terreno que como jardín a cada hotel corresponde. Murete y verja un poco más altos cierran el frente y en él están las cancelas de entrada de ambas fincas. La verja divisoria, en el extremo anterior—el que da al público—termina en una de las varillas verticales de que está formada, con el objeto de que el espectador pueda ver perfectamente lo que pasa en ambos lados de la escena. Son dos viviendas iguales y simétricas, construídas de pacotilla, para alquilar a familias veraneantes. Algunas macetas, pocas, con plantas esmirriadas, sin flores. Junto a la verja divisoria, y a cada lado de la misma, una maceta grande o cajón con un evónimo lo suficiente frondoso para ocultar a una persona. Un velador de hierro y butacas de mimbre a cada lado. Todo igual y dispuesto simétricamente en ambas viviendas. Al fondo, campo. Los montes del Guadarrama, a lo lejos. Es de día. Sol espléndido.

ESCENA PRIMERA

En la parte izquierda están sentados MALAQUIAS, leyendo un periódico, y DOÑA SERAPIA, haciendo 'croché'. BENITA, con cesta de compra, llega por el foro derecha y entra en la parte izquierda

BEN. Pues, hija, le digo a usted que ya, ya.
SER. ¿Pues qué pasa?
BEN. ¿Qué quiere usted que me pase? Que ya está la plaza de ese pueblo más cara que la

de Madrí. Puede usted ir a preguntarlo. ¿Ve usted que anteayer subieron el cordero? ¿Ve usted que ayer le subieron otro real? Pues hoy lo han vuelto a subir. (Deja la cesta en el suelo.)

SER. ¿Otra vez?

BEN. Puede usted ir a preguntarlo. Y la vaca, y las verduras, y todo al respetive.

MAL. Es claro; se han enterao en el pueblo de que muchas familias de Madrí hemos venido a veranear al Guadarrama, y se aprovechan que es una mala vergüenza.

SER. ¿Y no hay en ese pueblo Ayuntamiento que mire por los vecinos?

BEN. (sin reír.) ¡Ja, ja! El alcalde tiene carnicería y los concejales todos son tenderos, conque a ver qué vida.

MAL. Hoy la gente se ha vuelto muy ansiosa.

BEN. Lo que usted ha dicho. Ya ve usted, ahora, cuando yo venía, me encuentro en la carretera con un hombre que iba pal pueblo a vender un par de gallinas. «¿Cuánto quiere usted por ellas?—Diez pesetas.—Bueno, pero como yo le ahorro a usted una hora de camino hasta el pueblo pa venderlas, me pue de usted rebajar algo.»—Y va y me contesta: «El mismo camino te ahorro yo a ti que no tienes que ir al pueblo a comprarlas, conque pata.»

SER. Vaya una frescura la de ese tío.

MAL. Que vivirá en lo más alto del Guadarrama, donde hay nieve todo el año.

BEN. He comprado calamares. ¿Cómo quiere usted que los ponga?

SER. Rellenos. Y a ver si los lava usted bien, que el otro día los guisó usted sin lavar.

BEN. Como esos bichos dicen que se crían en el agua, creí que no hacía falta lavarlos. (Medio matís.)

MAL. Bien dicho; eso se llama discurrir como un jergón de paja de maíz.

SER. Oiga usted, Benita.

BEN. Mande.

SER. Que sea usted un pòco más limpia.

BEN. ¿Yo más limpia?

SER. Usted, sí.

BEN. Señora, es la primera casa donde me echan ese gato a la cara.

- SER. En el aparador de la cocina hay polvo de hace dos meses.
- BEN. Pues si es de hace dos meses, no me echen a mí la culpa, porque yo no llevo aquí más que un mes.
- MAL. Sigue discurriendo el jergón de maíz.
- BEN. No pueden tener queja de mí; a ver qué otra cocinera iría a comprar a más de una hora de camino, que está el dichoso pueblo.
- MAL. Bueno, bueno; vaya usted a prepararnos el chocolate.
- SER. ¡Qué trabajo es el tener que aguantar criadas!
- BEN. Anda; pues no sabe usted lo que es tener que aguantar señores. (vase izquierda.)
- MAL. ¿Has visto qué descaró?
- SER. Déjala, Malaquías; la pobre, como ya llevamos aquí un mes, echa de menos la vida de Madrid y el novio que allí tiene.
- MAL. Pues a mí que no me venga con lilailas, porque la meto en un saco y la facturo en doble pequeña con el porte a pagar allá.

ESCENA II

DOÑA SERAPIA, MALAQUIAS. Por el foro derecha, CUYAS, que viene a la parte izquierda

- CUYÁS (Entrando.) Buenos días tengan.
- SER. Muy buenos, señor Cuyás.
- MAL. ¿Qué dice el administrador del «Medio Ambiente»?
- CUYÁS Vamos bien. Ya sé que llegó usted anoche, como todos los... sábados; me lo ha dicho la miñona.
- MAL. ¿Qué miñona?
- CUYÁS Bien, vamos, la criada. Y he dicho, voy a saludar a señor de Peres.
- SER. Siéntese.
- CUYÁS Con su permiso. (se sienta.) No sé si sabrán que ya tengo alquilado ese hutelito hermano de éste.
- SER. No sabíamos.
- CUYÁS Los señores han ya pernoctado esta noche aquí. Han llegado a las dos de la matinada en automóvil.
- SER. ¿Quiénes son?

- CUYÁS Un gran abogado muy rico, su mujer, su hijo y su hija. Señores de alto conturnio, ¿sabe? Muy a la moda.
- MAL. De esos que toman té con mermelada a las cinco de la tarde.
- CUYÁS Sí, pro, buenas personas a pesar de eso de la mermelada.
- MAL. Gente de postín.
- CUYÁS Sí, señor. Así, pues, yo aspero que tendrán ustedes prudensia y no me armarán gresca.
- SER. Por Dios, Cuyás. ¿Por quién nos ha tomado usted?
- MAL. Sepa usted que mi señora y yo estamos acostumbrados a tratar con toda clase de personas, y en cuanto a nuestra hija, no hay que decir. De modo que eso de la prudencia se lo recomienda usted a otros; que a buenos modales y a educación, nos sobra para dar y vender.
- CUYÁS Bien, sí; pero no me han atendido ustedes. Quiero desir, que como estos hutelitos los hisieron an parejas de a dos an dos, y las fachadas están paralelas, lo mismo la del uno que la del otro, todo lo que se habla aquí fuera regolfa y se oye allá; y todo lo que se habla allá, regolfa y se oye aquí. Y par mucha prudensia que tengan los vasinos, vienon los miquis tiquis, y lo parjuisio es para mí, porque uno de los dos se despide y se va. ¿Cumprende?
- MAL. Comprendido.
- CUYÁS Si hay alguna desavenensia, no tienen más que llamarme a mí; porque yo, para darri-
mir custiones, soy el único. Mire: An otra pareja de dos huteles, uno de los vasinos se me vino con un mirlo que silbaba la Marcha Real; y lo de enfrente con otro mirlo que silbaba la Marsellesa. Ya estaban a punto de andar a tiros. ¿Qué hago yo? Una noche salto la verja, saco el mirlo del uno y se lo pongo al otro, saco el mirlo del otro y se lo pongo al uno. El monárquico que se levanta y oye que su mirlo silba la Marsellesa. «¡Ah, pillo, que has aprendido la cansión del otro!» Me lo agarra, ¡paf! contra el suelo. Al republicano. «¡Ah, sinvargüensa, que has aprendido lo del vasino», ¡paf!, lo mismo. Y ya desde antoneses nada, nautralitat.

- MAL. También fué ocurrencia poner por toda separación esa verjita que la salta un galápagos sin trampolín.
- CUYÁS Aconomía, ¿sabe? Parque l'ampresa Rivet, Bonet, Flaquet, constructora del «Medio Ambiente», tiene esta máxima: Donde puedas economisar tres no economises cuatro. Por eso a mí no me da más que el cinco por ciento por la administrasión. Pero, hombre, si hasta an al nombre de esta barriada de hoteles parese que han querido economisar la mitad; ya ve usted, «Medio Ambiente».
- MAL. No le falta a usted razón.

ESCENA III

LOS MISMOS. Del hotel izquierda CLETA, con un sombrero de señora y caja para llevarlo

- CLETA Buenos días.
- CUYÁS Muy buenos, señorita.
- CLETA Mira, mamá, ya lo he terminado.
- SER. A ver, a ver. Muy bien.
- CLETA Mira, papá.
- MAL. De primera. (A Cuyás.) Mire usted qué hija tenemos. Manitas de plata.
- CUYÁS Ah, bien, bien. ¿De modo que la chica se hace ella misma sus sombreros?
- CLETA No, señor. En la tienda de confecciones que tenemos en Madrid; yo estoy al frente de la sección de sombreros para señora.
- CUYÁS Ah, pues es usted una gran sombrerera.
- MAL. Sombrerera, no; modista de sombreros.
- CUYÁS Bien, sí. Dispense.
- CLETA Este es para Niní, la hija de la Condesa que habita en el último hotel.
- CUYÁS Es muy bonito ese sombrero.
- CLETA Demasiado bonito; tanto, que quizá no le guste a la Condesita.
- CUYÁS ¿Qué me dise? ¿Qué nó le gustará por demasiado bonito?
- CLETA Es que con los sombreros de señora pasa lo contrario que con los de caballero: los primeros que vendo y más caros me pagan son los de forma más ridícula y estrafalaria.
- CUYÁS ¡Ay, carat!
- CLETA Mire usted. A principios de temporada en

tra en la tienda una señora elegantísima con su esposo. Presento a la señora los últimos modelos de París y Londres. Una hora revolviendo y probándose; y el esposo, aburrido, dormitando en una butaca. Ya se disponían a marchar, porque a la señora todo le parecía cursi, cuando oigo que dice: «Este, éste. Precioso. Elegantísimo.» Y veo que se pone un sombrero que parecía una ensaimada.

CUYÁS ¿Y le compró la ansaimada?

CLETA No; porque al vérsela puesta no me pude contener; solté el trapo a reir y le dije: «Señora, por Dios, si es que su esposo se ha sentado sobre ese sombrero.» ¡Cómo se puso! Tiró el sombrero y salió furiosa después de decirme unas cuantas groserías.

CUYÁS ¿Ve ustet? Por eso no he querido yo casarme: por los sombreros.

MAL. ¿Por los sombreros?

CUYÁS Sí, señor. Mire: una vez a Barselona, iba yo par el paseo de Graçia, y unos chicos que tiraban piedras, li dan a la cabeza de una sañora y a la cabeza de su marido. Y grita el marido: «¡Ay, mi cabeza!» Y grita la sañora: «¡Ay, mi sombrero!» Y yo me dije: «Máxima: las sañoras no tienen cabeza, sino sombrero.»

SER. Muchas gracias.

CLETA ¡Vaya un piropo!

CUYÁS Bien, vamos; quiere desirse que las sañoras apresian más lo sombrero que la cabeza.

SER. A pesar de ese desdichado concepto en que nos tiene, todavía buscará usted esposa.

CLETA Puede que cuando la busque ya no encuentre mujer que le quiera.

CUYÁS Encontraré todas las que me dé la gana.

CLETA ¡Cál!

CUYÁS ¿Sí, eh? (solemne, se levanta.) Pues yo, José Cuyás, an la mañana de hoy fecha, aquí an al «Medio Ambiente», digo y repito: «El hombre se casa cuando quiere, y la mujer se casa cuando puede.» Esta máxima no la olvide usted, sañorita, par si de acaso algún día la nasasita ustet.

CLETA No la olvidaré.

BEN. Ya está servido el chocolate.

SER. Bueno.

- CUYÁS Vayan, vayan. Par mí no hagan ustedes cumplidos.
(Se levantan.)
- CLETA Yo ya le he tomado.
- SER. ¿Usted gusta?
- CUYÁS Muchas gracias.
- CLETA Voy a llevarle el sombrero a la Condesita.
(Vase foro izquierda, pero queda atisbando.)
- SER. Anda. (Vase a su hotel.)
- CUYÁS Señor de Peres; hoy cumple el mes que están ustedes aquí. Ustet dirá si prolongamos otro mes.
- MAL. Sí; estaremos otro mesecito.
- CUYÁS Dons antonses, después traeré lo contracto de arriendo.
- MAL. Bien.
- CUYÁS Y par mor de Dios, procuren ustedes que entre los vasinos haya confraternitat.
- MAL. Sí, hombre, sí; y mancomunidad y solidaridad. (Vase a su hotel.)
- CUYÁS Hasta luego. (Al irse hacia el foro, es detenido por Clea.)

ESCENA IV

CLETA y CUYÁS

- CLETA (Con misterio.) Oiga usted, Cuyás.
- CUYÁS Diga.
- CLETA Sé que tiene usted alquilado un hotel a los señores de Ponce.
- CUYÁS Sí.
- CLETA ¿Qué hotel es?
- CUYÁS Ése de ahí, presisamente.
- CLETA ¿Ese?
- CUYÁS Sí.
- CLETA ¡Ay, señor Cuyás!
- CUYÁS ¿Qué tenemos?
- CLETA Si quisiera usted hacerme un favor...
- CUYÁS ¿Cuál?
- CLETA Llevar a esos señores a otro hotel; el más lejos posible del nuestro.
- CUYÁS ¿A otro hotel?
- CLETA Todos son iguales; de modo que a esos señores lo mismo les dará.
- CUYÁS Imposible, porque todos están ocupados.
- CLETA ¿Y cuándo llegan esos señores?

- CUYÁS Oh, ya están aquí desde esta matinada.
· CLETA ¿Ya están aquí?
· CUYÁS Sí. ¿Qué tenemos con eso?
· CLETA ¡Ay, señor Juyás, cuánto lo siento!
· CUYÁS ¿Y par qué?
· CLETA Porque vamos a tener muchos disgustos.
· CUYÁS ¡Ay, carat! Aun todavía esos señores no se han despertado de dormir ¿y ya ampesamos con disgustos?
· CLETA ¡Ay, señor Cuyás!
· CUYÁS ¡Ay, dimonios!
· CLETA Es que... ¿sabe usted? Arcadio, el hijo de esos señores... el joven aquel que vino a ver los hoteles y a tratar con usted...
· CUYÁS Bien, vamos; no diga más. Le hase a ustet l'amor. Cumprandido.
· CLETA Estamos en relaciones hace dos meses.
· CUYÁS Sí, vamos; por eso tenía ampeño en que había de alquilar ese hotel presisamente.
· CLETA Yo yo le dije que era una imprudencia el traer aquí a su familia.
· CUYÁS Déjese de imprudencias. Máxima: La prudencia es cosa de viejos. La juventut tiene l'ubligasió de saltar por ansima de todas las conveniencias. ¿El la estima a ustet?
· CLETA Mucho.
· CUYÁS ¿Y ustet a él?
· CLETA Más que a mi vida.
· CUYÁS Ustedes se casarán.
· CLETA Eso quiere él.
· CUYÁS Y ustet también. ¿Qué me va ustet a contar a mí?
· CLETA Lo veo difícil.
· CUYÁS Máxima: «Lo difísil es llevar al tábano nupcial a dos cuando ninguno de los dos quieren.»
· CLETA Es que... Arcadio habló a sus padres de casarse conmigo, y cuando dijo que yo era modista de sombreros no sabe usted cómo se puso su madre; hasta le amenazó con enviarle al extranjero; poco menos que con echarle de casa. Calcule usted lo que pasará cuando su madre se entere de que estamos tan cerca.
· CUYÁS De manera que me han traído ustedes las mansanas de la discordia.
· CLETA Yo bien quise evitarlo.
· CUYÁS ¡Ay, ma casun quinsel

ESCENA V

DICHOS, ARCADIO de la derecha

- ARC. ¡Cleta! (se acerca a la divisoria.)
CLETA ¡Arcadio! (va hacia él.) Lo que has hecho es una locura.
ARC. Ya lo sé; pero sólo puede cometer locuras quien está loco de amor por ti, Cleta mía.
CUYÁS (Aparte.) ¡Ay, ay, ay!
ARC. ¿Me quieres tú de igual manera? Dilo.
CLETA Ya lo sabes.
ARC. No importa; quiero escucharlo otra vez...
CLETA Cuyás, papá estará esperando el contrato de alquiler.
CUYÁS Cumprendido... comprendido... (Aparte.) Buena la hemcs hecho, ¡ma casun quínse! (vase foro izquierda.)

ESCENA VI

ARCADIO y CLETA

- CLETA Se van a enterar tus papás.
ARC. No, porque de día, como si no nos conociéramos, y de noche, cuando todos duerman, podremos hablar, pero no como ahora, sino a la luz de la luna, acariciados por las fragancias del campo y la brisa de esos montes, hasta el amanecer. Y de día, a dormir.
CLETA Vida de murciélagos.
ARC. Este es el verano con que yo soñé. Conque, dime: ¿saldrás aquí todas las noches?
CLETA Si mis padres lo consienten, sí, saldré.
ARC. Y diles que mi amor no es pasatiempo de estudiante en vacaciones, sino de uno que este año termina su carrera y quiere hacerte su esposa.
CLETA Dios te oiga.
ARC. No; soy yo quien le oye a El, porque El es quien me inspira cunato te digo.
CLETA ¡Qué bueno eres!
ARC. Y tú ¡qué adorable!
CLETA Vete ya.

ARC. Hasta la noche.
CLETA. Adiós, murciélago. (Vase foro izquierda.)
ARC. Adiós, murciélago. (Aparte.) Es un encanto de chiquilla.

ESCENA VII

ARCADIO. Por foro CUYÁS, con un papel. Entra en la parte de la derecha

CUYÁS Deseo hablar con su señor padre.
ARC. Voy a avisarle. Supongo que no dirá usted ni una palabra de mis amores con la vecinita. (Vase al hotel.)
CUYÁS ¿Quiere callar, hombre? Soy un poso. (Aparte.) Lo mejor será que me firmen lo contrato de arriendo antes de que me armen bronquina y se larguen.

ESCENA VIII

CUYÁS, DON MARTÍN, del hotel de la derecha

MAR. Hola, amigo Cuyás.
CUYÁS Vengo a ver por cuánto tiempo firmamos el arriendo.
MAR. Eso. . . trátelo usted con mi mujer.
CUYÁS ¿Con... su señora?
MAR. Sí; para las cosas de dentro de casa, mi mujer.
CUYÁS Yo creo que esto debo tratarlo con el jefe de la familia, porque yo no soy de dentro de la casa de usted...
MAR. Para los asuntos de fuera de casa, lo mismo: mi mujer.
CUYÁS Sí, vamos, ya comprendo...
MAR. No, no, no. No vaya usted a creer que yo soy algún Juan Lanas. Lo que sucede es que mi pobre mujer padece de neurastenia y la menor contrariedad, la más pequeña divergencia de criterio, la pone irascible.
CUYÁS Eso de la neurastenia es una mentira de los médicos. Mire: siempre que voy a cobrar los rasibos de inquilinato, a todos los inquilinos les da un ataque de neurastenia.

- MAR. Será lo que usted quiera; pero haciendo la omnímoda voluntad de mi mujer, atiendo a su salud y consigo la paz doméstica. De modo que para cualquier asunto, sea el que sea, ya lo sabe usted: mi mujer.
- CUYÁS ¿Y también para los asuntos que le salen a usted como abogado?
- MAR. De esos no hay que hablar, porque ya no ejerzo.
- CUYÁS Sí, vamos; como tiene usted el riñón bien cubierto... vagancia y buena vida.
- MAR. No; no crea que cerré mi bufete por hacer el vago, sino porque me obligaron a cerrarlo.
- CUYÁS ¿El Gobierno?
- MAR. No, señor, un miserable; un vendedor ambulante de los de a real y medio la pieza, a quien yo defendí por haber herido en riña a otro vendedor. Yo le había ofrecido que sería absuelto; para conseguirlo hice la más brillante de mis defensas; pero el Tribunal le condenó. Terminada la vista de la causa, el presidente, según costumbre, pregunto a mi defendido si tenía algo que alegar, y el muy canalla se levanta y contesta: «Sí, señor; tengo que alegar que he sido defendido por el peor abogado de Madrid.»
- CUYÁS Sí que fué barra.
- MAR. Y ocurrió lo peor que puede ocurrir en nuestro país. Aquella desvergüenza cayó en gracia, la reprodujo y comentó la prensa con chirigotas y caricaturas, y esto me obligó a cerrar mi bufete y a ausentarme de Madrid unos meses, huyendo de la rechifla. Desde entonces yo no soy nadie, ni dentro ni fuera de mi casa.
- CUYÁS ¡Qué demonio de quincallerol!
- (Se oye un tiro en el foro.)
- MAR. Eso... es un tiro.
- CUYÁS Sí.
- MAR. ¡Y se han oído silbar los perdigones!
- CUYÁS Como que algunos han dado en estos cristales. Y se nota el olor a pólvora.
- (Van hacia el foro.)
- MAR. ¡Es Eter!
- CUYÁS No, señor; es pólvora.
- MAR. Eter; mi hija.

ESCENA IX

Los MISMOS. Por el foro izquierda ETER, en elegante traje de cazadora, con escopeta

- ETER (Entrando en la parte de la derecha.) ¡Ovación y orejal! Le quito los moños al campeón del Tiro Nacional. He tirado a un bando de palomas y, pásmense ustedes, he tenido la habilidad de hacer pasar los perdigones por entre ellas sin tocar una.
- CUYÁS Y de dar en los cristales de este hotel.
- ETER Usted perdone, señor administra.
- CUYÁS Otra vez haga el favor de apuntar a los cristales del hotel, a ver si así da usted a las palomas.
- ETER Pitorreo, no.
- CUYÁS Es una advertencia.
- MAR. Yo te creí acostada.
- ETER Al amanecer salté de la cama para contemplar la salida del sol tras esos montes... ¡Un desencanto! ¡Qué salida tan prosaica! El verano que viene tienes que llevarme a Suiza.
- MAR. Eso, a tu madre.
- ETER Dicen que en Suiza la salida del sol es muy distinta de la de aquí.
- CUYÁS Romanos; al sol sale lo mismo en Suiza que aquí: de abajo arriba.
- ETER Sí; pero me imagino los primitivos destellos de la aurora tiñendo con sus colores el inmenso sudario de nieve. Los primeros rayos del sol naciente resbalando por las altas cumbres. Después un triunfo de luz acariciando aquel hermoso paisaje... ¡Poético! ¡Ideal!... ¡El disloque!
- CUYÁS Como aquí al Guadarrama.
- ETER ¡Quía, hombre! No me reviente usted con su Guadarrama. Ni un Casino donde tanquear, sin un volcán donde asomarse.
- CUYÁS ¡Ah, sí! Por allá arriba también hay un volcán.
- ETER ¿Encendido?
- CUYÁS No; porque estas gentes de por aquí se lo dejaron apagar.

ETER (Rie.) Ha estado usted pero que de primera. Chóquela. Ha tenido usted un lleno.

MAR. Ella lo que quiere es ir al extranjero.

ETER Ni que decir tiene que estoy en ese plan, porque tengo alma de exploradora y me atrae lo desconocido. Además, ¿para qué me han hecho estudiar el inglés y el francés? Pensar que aquí voy a entrenarme es una burrada; pero con medio año en París y otro medio en Londres... el despiporren.

CUYÁS (Aparte.) ¡Qué bien habla el inglés!

ETER (A Cuyás, le da la mano.) Conque, mi distinguido; he tenido un verdadero.

CUYÁS Igualmente.

ETER La compañía de usted es agradabilísima...

CUYÁS Gracias.

ETER Pero en pasando de cinco minutos, fastidia. (Medio mutis.)

CUYÁS ¡Ayay!

MAR. (Riendo.) ¡Qué chica ésta!

ETER Ah, papá: bomba: Ahora mismo le escribo a Pepito Mir diciéndole que se han terminado nuestras relaciones.

MAR. ¿Vas a despacharle?

ETER *Tut suit.* No es que tenga yo queja de él. Un hombre a la moda, a pesar de tener talento; buena figura, excelente posición, y aunque no es socio del Veloz, en cambio no es académico; pero la verdad, en el Ritz, en el teatro y en todas partes, es una lata tener el novio pegado a una como un moscón. Esto impide que se acerquen los demás jóvenes.

CUYÁS. (Aparte.) Es tramabunda...

MAR. Total: que con Pepito Mir ya llevas despachados seis.

ETER Una corrida completa: el primero, no sabía quién era Kant. Ya ven ustedes, no saber qu'én es Kant. El segundo ignoraba lo que es el Apolo de Belvedere. El tercero decía que la música de Wagner le sonaba a cerrada.

MAR. Y a mí también.

ETER Y a mí; pero eso no debe decirse en público. Y el quinto no fumaba. Todos ellos pintiparados para hacer la felicidad de esas niñas cursilatas que llaman mujercitas de

su casa; que por modositas hasta los jóvenes temen cometer una incorrección con saludarlas, pero no para mí.

MAR. Pobre Pepito Mir.
ETER Pal gato. Le voy a poner una carta muy atenta; cobita pura y *tut dusman*. Le dejo como para las mulillas. *Orrevoar. Gud dey.*
(Vase a su hotel.)

CUYÁS ¿Y lo del arriendo?
MAR. ¡Ah, sí! (Llama.) ¡Julia! ¡Sal! Para estas cosas las mujeres, las mujeres. (Vase foro.)

ESCENA X

CUYÁS. JULIA, del hotel. En seguida DOÑA FELISA por el foro izquierda, va a la parte de la derecha

CUYÁS Señora, vanía a ver eso del arriendo.
JULIA Ah, sí; ahora mismo.
FEL ¡Amiga Julia!
JULIA ¡Felisa! ¿Cómo usted por aquí?
FEL. Hemos alquilado un hotelito de éstos para pasar aquí el verano. Ya supe que iban ustedes a venir. Me he alegrado mucho. (se sientan.) Aquí tenemos a la Condesa con su hija Niní. Ya sabrá usted que Niní se casa.
JULIA No sabía. Cuente, cuente.
CUYÁS Señora, lo del arriendo...
JULIA Vuelva usted luego.
CUYÁS Es que...
JULIA No sea usted posma.
CUYÁS (Aparte.) ¡Ay, ma casun quinse! (Vase foro izquierda.)
FEL. Pues sí; no se puede usted figurar. Ni que se casara la Pompadour. El equipo se lo traen de París. Doce docenas de cada cosa; creerán que se van a cerrar las fábricas de ropa blanca o pensarán irse a vivir a un desierto. Y todo bordado, hasta los trapos de cocina y la tela de los colchones. Y qué sé yo cuántos vestidos; una majadería; porque si pasan de moda o Niní engorda; como es lo más probable, ya no se los puede poner. ¡Ah! También tenemos aquí a Cintrúnigo y a su mujer. Por fin se han reunido otra vez; pero no por voluntad de ella, que ya sabe usted cómo Dios la ha hecho, sino

de su marido, que la fué a buscar. Y ahora lo más gracioso es que cuando tiene alguna pelotera, ella le dice: «¿Por qué venías a buscarme? que yo me encontrata muy a gusto en Burdeos.» Los de Chulvi, tenemos aquí también; se marchan pronto a San Sebastián, como todos los años; a husmear por las mesas de juego del Casino, a ver quién pierde y necesita vender una alhaja... Y ya le contaré de los de Tasi y de los de Castro, que también están aquí.

JULIA Por lo visto nos reunimos aquí una colonia veraniega muy elegante.

FEL Lo mejor de Madrid. Nosotros tenemos de vecinos a los de Pastriz; aquel general que vino de Filipinas bajo partida de registro y que se habló tanto de su hija. En cambio, ustedes tienen una vecindad que no se la envidio.

JULIA ¿Pues?

FEL. El famoso Malaquías Pérez.

JULIA ¿Malaquías Pérez?

FEL. ¿No se acuerda usted de él?

JULIA No.

FEL. Es usted muy flaca de memoria. Aquel quincallero ambulante a quien hace años defendió su esposo de usted.

JULIA Defendió a tantos.

FEL. Aquel que gritó en plena Audiencia: «Tengo que alegar que me ha defendido el peor abogado de Madrid.»

JULIA ¿Ese?

FEL Sí; por el que su esposo tuvo que cerrar el bufete. Ahora tiene mucho dinero; ha subido como la espuma; ya ve usted, un magnífico bazar de confecciones en Madrid y otro en San Sebastián... A la hija de Malaquías Pérez también la conoce usted.

JULIA No.

FEL. Ya lo creo. La Cleta; aquella modistilla que quiso endosarle a usted el sombrero en que se había sentado su esposo.

JULIA ¿Es esa?

FEL. Y se lo va contando a todo el mundo para que se rían de usted. ¡Ja, ja, ja! Arcadio le podrá dar más pormenores, que la conoce mucho.

JULIA ¿Mi hijo?

FEL. Ya lo creo; como que el empeño de Arcadio en traerlos a ustedes aquí, no ha sido más que para estar al lado de su futura esposa.

JULIA ¡Su esposa! ¡Aquella modistilla insolente! ¡La hija de aquel canalla esposo de mi hijo! Eso no lo consentiré nunca. Y, al Arcadito, ya le ajustaré yo las cuentas.

FEL. Yo siento darle a usted este mal rato, amiga Julia, pero nuestra amistad y lo mucho que a usted aprecio, me obligan a prevenirles para evitar mayores males...

JULIA Y yo se lo agradezco, Felisa.

ESCENA XI

DICHAS, CUYÁS, por el foro

CUYÁS Sañora; eso del arriendo...

JULIA Ah, sí.

FEL. Por mí, hagan lo que tengan que hacer. Adiós, Julia. Me voy al hotel de los de Romo. Esos andan medianamente. Ellos aparentan lo contrario, pero el día menos pensado... ¡Crac! (Vase por el foro.)

ESCENA XII

CUYÁS y JULIA

JULIA Antes de firmar, conteste usted: ¿Quién habita en ese hotel de enfrente?

CUYÁS Un matrimonio.

JULIA ¿Solo?

CUYÁS Con... su hija.

JULIA Ya.

CUYÁS Hoy acaban l'arriendo.

JULIA ¿Y se marchan?

CUYÁS Piensan quedarse otro mes.

JULIA Porque hemos venido nosotros, naturalmente.

CUYÁS Muy buenas parsonas, sobre todo el padre y la madre, y más sobre todo, la hija. Una chica muy buena, bien educada, dispuesta... un ángel que hará la falisitat del hombre que tenga la suerte de cargar con ella.

JULIA (Irónica.) Sí, mucha suerte.

·CUYÁS Sus padres la llaman Manitas de Plata.
·JULIA Pero se llama Cleta.
·CUYÁS Cletita.

ESCENA XIII

DICHOS, CLETA, llegó por foro izquierda, oye su nombre el entrar por la puerta del foro izquierda, y queda tras del evónimo, escuchando

CLETA (Aparte.) Hablan de mí...
·JULIA La novia de mi hijo...
·CUYÁS ¿Bien, y qué?
·JULIA Que ese trasto de Arcadio me ha traído en-
 gañada y no se lo perdono. (Llama.) ¡Arcadio!
·CUYÁS Oh, si ellos se quieren, se casarán por ansi-
 ma de ustet.
·JULIA ¿Por encima de mí? Usted no me conoce.

ESCENA XIV

DICHOS, ARCADIO y ETER, por la derecha

·ARC. ¿Me llamabas?
·JULIA Averguénzate de tu conducta. ¡Burlarte de
 nosotros! ¡Traernos aquí, para estar al lado
 de tu modistilla! ¡La que se burló de mí! La
 hija de aquel maldito quincallero que puso
 a tu padre en el más espantoso de los ri-
 dículos!
·ARC. Mamá; yo me enamoré de Cleta ignorando
 todo eso.
·JULIA Pues, ya lo sabes.
·ETER Ah, ¿conque está aquí la interfecta?
·JULIA En ese hotel.
·ETER ¡Hecatombico!
·JULIA Señor administrador; puesto que esos tende-
 ros terminan hoy el mes, no les admita la
 continación y que se vayan.
·CUYÁS ¿Y si no se quieren marchar?
·JULIA O ellos o nosotros. Hemos concluido. (A Ar-
 cadio.) Y tú, haz el favor de mandar a paseo a
 la sombrerera, porque mientras yo viva, no
 he de consentir que te cases con semejante
 mujer. Y cuenta que, si hoy mismo no aca-
 bas con ella, te envío al extrapjero. (Vase, de-
 recha.)

CUYÁS (Aparte.) ¡Y desir que todos los inquilinos me han de armar grescal ¡Ay, ma casun quinsel! (Vase foro y pasa a la izquierda entrando en el hotel.)

ESCENA XV

ARCADIO y ETER

ETER Picarín. ¿Conque en ese hotel vive la Andovales?

ARC. La Andovales, no; mi novia.

ETER Bien, hombre; no te pongas cataclísmico.

ARC. Sí; habita ahí. ¿Y qué tenemos con eso?

ETER Nada, nada; que me alegro una muchedumbre. Precisamente he traído un par de sombreros que necesito reformar.

ARC. Mira, Eter; a mi madre debo de consentírselo todo; a ti, no. Esa chica de quien te burlas vale más que tú.

ETER ¿Qué duda quepe?

ARC. Más te valiera imitarla; es elegante, pero no a la moda tuya, la moda de las chicas «bien» mostrando piernas y descotes más propios de las chicas «mal».

ETER (Riendo.) ¡Ay! El Padre Astete.

ARC. Ni usa mallot como el tuyo cuando se baña en el mar; ni baila targos; y aunque no ha leído a Kant ni a Meternik, puede darte lecciones de inglés, y no habla en chulo, como tú.

ETER ¡Qué atrocidez!

ARC. Con que, déjate de ironías y respétala porque lo merece, y, sobre todo porque la quiero, ya lo sabes.

ETER Pero, chico, ¿te me vas a poner Bertini?

ARC. Como se pone el que quiere con toda su alma.

ETER (Vase al hotel riendo.) ¡Se pone Bertini! ¡Se pone Bertini!... Saluquí.

ESCENA XVI

ARCADIO y CLETA

CLETA ¡Arcadio!...

ARC. ¡Cleta!...

CLETA Os acabo de escuchar. Ya ves qué cosas dicen tu madre y tu hermana de nosotros.

ARC. Perdónalas, por mí, por nuestro cariño.
CLETA No, Arcadio, no; por doloroso que nos sea,
es preferible que terminemos.
ARC. ¡No, Cleta!
CLETA Sí; tu familia y la mía son incompatibles.
No quiero que por mí vivais en continua
discordia. Ni puedo consentir que se nos
humille y maltrate de esa manera.
ARC. Tienes razón...
CLETA ¡Acabemos para siempre!
ARC. ¡Eso, no!
CLETA ¡Sí! Estoy resuelta.
ARC. ¿Qué dices?
CLETA Adiós.
ARC. ¡Cleta!
CLETA ¡Olvidame! (Medio mutis.)
ARC. ¡Escucha!
CLETA ¡Olvidame! (Vase llorando al hotel.)

ESCENA XVII

ARCADIO. Por el foro DON MARTIN

MAR. Hola, Arcadito.
ARC. Escucha, papá. Voy a pedirte un favor.
MAR. ¿Qué?
ARC. Sabes que estoy en relaciones con una jo-
ven: que deseo casarme con ella...
MAR. A mí déjame de historias. Estas cosas las
mujeres; arréglatelas con tu madre.
ARC. ¡Papá, por Dios!
MAR. A tu madre, a tu madre... (Vase al Hotel.)

ESCENA XVIII

ARCADIO. Por la derecha, BENITA y CUYAS

BEN. ¿Y dónde vive el médico?
CUYÁS A la plaa del pueblo verás una crus; allí
vive el médico; corre y que venga dasa-
guida.
ARC. ¿Qué pasa?
BEN, Que la señorita se lo ha contado todo a sus
padres.
CUYÁS Y a la pobre le ha dado un patatús que no
hay manera de raturarla an sí.

- BEN. Ya ve usted qué disgusto: Vinieron aquí pa que la señorita que está delicada, tomase los aires de la Sierra; considere usted el verano que van a echar. Y no es eso lo peor, si no que...
- ARC. Pero, ¿qué está usted haciendo?
- BEN. Contárselo a usted todo.
- ARC. ¿No la han mandado a buscar al médico?
- BEN. ¡Ay, es verdad! Que se me había olvidado. ¡Qué tonta! (Vase foro derecha.)
- CUYÁS Ustet no se amohine; esto lo arreglo yo. (Vase corriendo a la derecha.)
- ARC. Imposible; mis padres odian a esa familia, y mi madre es irreductible.
- CUYÁS ¡Sañor de Ponsel! (A Arcadio.) Su madre de ustet es una aspesie de lley marsial.

ESCENA XIX

DICHOS. MARTIN, del Hotel, con periódico. Luego JULIA

- MAR. ¿Conque ahí enfrente tenemos al quinca-llero?
- CUYÁS Ustedes se cambian al hotel de la Condesa y la Condesa se viene a éste.
- MAR. Me parece muy bien.
- JULIA (Saliendo.) Me parece muy mal. Yo no me muevo de aquí.
- MAR. No, señor; no nos movemos.
- JULIA Que se cambien de casa los tenderos.
- CUYÁS Sañora; yo la ruego...
- JULIA Déjeme usted en paz. (Entra en el hotel.)
- CUYÁS (Aparte.) A ver el otro. (Corre a la parte de la izquierda.) ¡Señor Malaquías!

ESCENA XX

DICHOS, por la izquierda MALAQUIAS, por la derecha HONORATA y ETER. Después JULIA, asomada a la ventana de su hotel y SERAPIA, a la del suyo. Martín se ha sentado a leer

- HONOR. ¡Señor administrador!
- CUYÁS Diga.
- HONOR. ¿Dónde vive el médico?
- CUYÁS A la plasa del pueblo. Donde vea ustet una crus, es el médico.

- ETER ;Corre a buscarlo! (Vase Honorata, foro derecha. La disputa que sigue y que, indirectamente sostienen los personajes, no es de tonos levantados, sino de concentrado y contenido despecho, excepto cuando al final increpan a Cuyás.)
- ARC. Pues, ¿qué pasa?
- ETER Por tu culpa, mamá está con un ataque de neurastenia.
- MAR. Ya se le pasará.
- ETER Anda con ella, papá.
- MAR. Anda tú, hijo mío. (Arcadio vase al hotel.)
- CUYÁS (A Malaquías.) Esto lo arreglo yo.
- MAL. No, señor; ahora no se trata de dos mirlos.
- ETER (A Martín; de espalda a la izquierda.) Y los causantes de todo son la gentuza de ese otro hotel. Demasiado podían comprender la diferencia de posición social entre su hija y mi hermano.
- MAL. (Lo ha oído y dice a Cuyás.) Pero ¿qué está diciendo esa joven? Hombre; haga usted el favor de decir a esa tiradora mejicana que nosotros estábamos ignorantes de esas relaciones; ahí está su hermanito que lo puede certificar; que desde hoy, no son ellos los que se oponen sino yo que doy esas relaciones por terminadas y mi hija también. Que no se muevan; que nosotros nos volvemos a Madrid esta misma tarde, para que vean que, tenderos y todo, tenemos más cutis que ellos. (Entra en su hotel.)
- CUYÁS Ahora mismo. (Pasa a la derecha.)
- JULIA (Sale a la ventana.) Martín; ¿oyes lo que dice ese caballero?
- ETER Que tiene más cutis que nosotros...
- JULIA Cuyás; haga usted el favor de contestar a esos señores que no tendrán ellos tanto cutis cuando consentían que el novio de su hija viniera a vivir poco menos que en su misma casa. (Se retira.)
- CUYÁS Sí, señora. (Pasa a la izquierda. Sale Malaquías.)
- SER. (Sale a la ventana.) Malaquías, ¿oyes lo que dicen? Cuyás, diga usted a esa señora, que su hijo fué el que se empeñó en traerlos aquí contra la voluntad de nuestra hija.
- MAL. Y que si yo llego a saber que ellos iban a venir, ya estaríamos nosotros fuera de aquí
- CUYÁS Yo ya no digo nada más, porque esto es ya... la tela de *Penálope*.

- MAR. (Huyendo de la quema.) Bueno, bueno... bueno... (Vase al hotel.)
- ETER Por supuesto que de todo este jollín, el principal causante es el señor administrador.
- CUYÁS ¿Yo?
- ETER Sí, señor.
- CUYÁS Ahora sí que me ha chafado la guitarra.
- SER. (A la ventana.) Usted no debió nunca alquilar ese hotel a esos señores, sabiendo lo que sabía.
- MAL. Cierto.
- JULIA (A la ventana.) Usted debió advertirnos quien vivía en ese hotel.
- CUYÁS Pero, señores...
- ETER Ha quedado usted a la altura del betún. (Vase al hotel.)
- SER. Después de vendernos amistad... (Se retira.)
- JULIA Si no hay administrador bueno...
- MAL. Se ha portado usted como un cochero. (Entra en el hotel.)
- CUYÁS (solo.) ¡Malditos sean los inquilinos, y yo, y al mundo antero! ¡Ay, ma casun quinsel (Vase foro. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. Es de día. Sol espléndido.

ESCENA PRIMERA

Del hotel de la derecha sale ARCADIO, al mismo tiempo que de la izquierda sale CUYÁS, con un manajo de llaves

ARC. Buenos días, señor Cuyás.

CUYÁS Falises.

ARC. ¿Alquiló ese hotel?

CUYÁS No, señor; y eso que hemos hecho el sacrificio de anunciarlo por toda la Prensa. Quinse días que se marchó la familia de la novia de usted; quinse días sin arrendarlo, ¡ma casun quinsel! Y no es lo peor eso, sino que estos hutelitos del campo, cuando no se habitan, se llenan de ratones y me ponen el mobiliario perdido o tenemos que gastarnos el dinero en veneno para matarlos.

ARC. Yo conozco un procedimiento infalible para acabar con los ratones, sin necesidad de veneno.

CUYÁS ¿Sí? Dígame.

ARC. No hay más que cogerlos, encerrarlos con un gato y revientan todos. (Jovial.)

CUYÁS Se conose que hoy está usted de bromita, y yo estoy par muy pocos romansos.

ARC. En efecto; hoy estoy contentísimo. Escuche usted: hoy, por fin, he recibido la primera carta de Clea, desde que marchó a Madrid.

- CUYÁS ¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué? ¿Buenas noticias?
ARC. La pobre ha estado muy enferma del dis-
 gusto; como que es más impresionable que
 una placa fotográfica; pero me dice que ya
 está mejor; y me pone una postdata que me
 ha causado la sensación de un amanecer.
- CUYÁS Bien, y ¿qué dise la pusdata?
ARC. «Arcadio; confía y ten esperanza.» Pero no
 sé qué quiere decir. ¿Qué opina usted de
 eso?
- CUYÁS ¡Oh, no sé; no creo que piense venir a ro-
 barlo a usted pro tenga presente esta máxi-
 ma: «Las mujeres son unos ángeles del sie-
 lo, pro cuando se trata de casarse y disen:
 Allá voy, son unos demonios del infierno».
- ARC. Amigo Cuyás; me voy al bosquecillo de la
 fuente, a leer la carta hasta aprendérmela
 de memoria; tumbado sobre el césped y a
 la sombra de los árboles. Hoy me siento
 poeta. Adiós. (Vase foro derecha.)
- CUYÁS Adiós. (Aparte.) Ya lo creo que se casarán;
 tan seguro tuviese yo l'alquiler de este hu-
 tel. (Ha dicho, cerrando la puerta del foro, y vase
 foro izquierda.)

ESCENA II

Durante el final de la escena anterior salió HONORATA de la dere-
cha y colocó en el velador servicio de café, leche, panecillo y man-
teca. De la derecha JULIA y MARTIN

- HONOR. Aquí tienen el desayuno.
JULIA ¿Qué ha puesto usted?
HONOR. Café, leche y mantequilla.
JULIA ¿Y Eter?
HONOR. Salió hace bastante rato, en dirección al
 pueblo.
MAR. ¿Con la escopeta?
HONOR. No, señor; con bastón. (Vase derecha.)
 (Se sientan a tomar el desayuno.)
- MAR. Ahora le ha dado a nuestra hija por ir to-
 dos los días al pueblo. Algo anormal le ocu-
 rre.
- JULIA Algún nuevo amorío. •
MAR. ¿Y no te lo ha confiado?
JULIA ¿A mí? ¿Por qué me lo tiene que confiar?

- MAR. Porque eres su madre.
JULIA Hoy, las madres no somos más que señoras de compañía de nuestras hijas.
- MAR. La veo algo cavilosa.
JULIA Presiento que se va a quedar para vestir imágenes.
- MAR. Es claro; sueña en casarse con un Edison, que toque el violín como Sarasate, que pinte como Zuloaga, que tореe como Joselito y, sobre todo, que sea muy original.
- JULIA Sí; reconozco que ha sido una equivocación el educarla como la hemos educado.
- MAR. «Como la hemos educado» no; di «como la has educado tú». Yo no me he metido en nada.
- JULIA Pues por eso tienes tú la culpa.
MAR. ¿Yo?
JULIA Sí; porque tú nunca debiste consentir que yo le diera una educación tan perjudicial.
- MAR. ¿No decías que esto era lo elegante?
JULIA Y lo es; ¿pero qué sacamos con haber hecho de nuestra hija una yanqui? Las chicas educadas como Eter, si son las más atendidas y solicitadas para bailar, charlar y divertir a los pollos, he visto que son muy difíciles de casar. Los pollos se asustan y huyen.
- MAR. ¿Quién no se asusta de una chica que usa bastón y se llama Eter?
JULIA El nombre es lo de menos.
MAR. Otra moda: Niní, Fifi, Tití; como en casa de los de Cenzano, que ninguno tiene nombre de persona, excepto el perrito, que se llama Enrique.
- JULIA En resumen, que ya van seis pretendientes que han vuelto la espalda a nuestra hija.
MAR. Yo creí que ella los había dejado.
JULIA Eso dice ella; pero me temo que han sido ellos los que han salido huyendo de la quema.
- MAR. Naturalmente; como que has convertido a nuestra hija en un explorador del Africa. Yo siempre creí que lo más recomendable en la mujer era la ternura; pero ahora dicen que no; que la mujer tierna solo es apreciada por los antropófagos.
- (Han terminado el desayuno y se levantan.)
JULIA Bien; pues es necesario que tomes este asun-

to por tu cuenta y que Eter cambie radicalmente.
MAR. No, no, no. Compóntelas tú.
JULIA (Nerviosa.) ¡Martín!
MAR. Para eso, las mujeres. (Vase derecha.)
JULIA Buena manera de preocuparse por una hija, ¡Qué padres! (Vase derecha.)

ESCENA III

De la derecha HONORATA, que viene a recoger el servicio. ETER, con bastón, llega por foro derecha, triste y preocupada

HONOR. ¿La señorita quiere aquí el desayuno?
ETER No. (Se sienta displicente.)
HONOR. ¿Se lo sirvo en su cuarto?
ETER No.
HONOR. ¿No quiere desayunarse la señorita?
ETER No.
HONOR. ¿Se encuentra enferma la señorita?
ETER ¡No! ¡Y déjame en paz!
HONOR. Perdone, señorita. (Medio mutis.)
ETER Oye, no te vayas.
HONOR. Mande.
ETER (Con misterio.) ¿Has visto pasar por aquí un joven buena figura, un poco raro en el vestir; pero de una rareza elegante y distinguida?
HONOR. ¿Uno que parece extranjero y va seguido de un criado negro?
ETER ¡Sí!
HONOR. ¿Todo afeitado él?
ETER Sí, el mismo; ese es.
HONOR. Hace rato pasó por aquí en un magnífico automóvil, y se detuvo para preguntarme donde vivía el señor Cuyás, el administrador.
ETER ¡Ah, por el administrador!
HONOR. Se lo dije, y hacia allí se fué.
ETER ¿Iba con alguna señora?
HONOR. No; solamente con el mecánico y el negro.
ETER Será su ayuda de cámara.
HONOR. El señorito ese es todo lo que se llama un real mozo.
ETER ¿Verdad que sí?
HONOR. Y su cara... parece de soltero.
ETER Si vieras qué corazón tan grande el suyo,

tan exquisitamente sensible, y qué alma tan poética...

HONOR. Por lo que dice la señorita, parece que está usted de enhorabuena.

ETER Te has colao. Ese joven no me ha dicho nada, ni siquiera hemos cruzado una palabra.

HONOR. Como la veo tan enterada de cómo tiene el alma y el corazón ese joven...

ETER Veras; anteayer, entré en la iglesia del pueblo a presenciar la boda de unos pobres labriegos—unos catetos—. Me gusta ver eso, tiene cierta grandiosidad esa ceremonia religiosa. ¿En qué estaba yo? Ah, sí: salgo de la iglesia y veo un corro de gente en la plaza; en medio, una gran jaula llena de pajarillos y a su lado un hombre que grita: «Señores y caballeros: tengan lástima y compasión de estos desgraciados pajarillos prisioneros que sufren en su cárcel. Considerad cuán felices serían recobrando su libertad; libertad que yo vendo a perra gorda cada uno.» Los recién casados—gente pobre—al oír esto, entregan una perra cada uno y dan libertad a dos jilgueros.

HONOR. Muy bien hecho.

ETER Y el pajarero continúa: «Señores: hasta las piedras se enternecerían oyendo a estos animalitos, cuyas quejas desgarran las entrañas.»

HONOR. Vaya un tío sinvergüenza; y sería él quien los había cazado.

ETER Uno de tantos hombres que se apropian lo ajeno y acaban predicando la caridad. Al oírle, me adelanto resuelta. Espectación en el corro. Echo mano al bolsillo y... ¡Plancha!

HONOR. No llevaba usted dinero.

ETER Ni una mota. La gente del corro, riéndose. Yo, avergonzadísima, y dolorida de no poder redimir a aquellos pobres prisioneros que piaban... piaban porque se les devolviera el cielo, su patria. En esto, se destaca del corro ese joven de que te hablé. Tira de cartera. Saca un pápiro. Me mira como diciendo: «Vaya por usted.» Lo entrega al de la jaula, sin decir más que esta palabra: «Todos.» Abro yo la jaula... ¡Oh, qué espectáculo!

- lo tan hermoso! Un surtidor de plumas multicolores piando alabanzas para su libertador. Las gentes aplauden. Yo extasiada, mirando al cielo. Y cuando quise fijarme en el libertador, había ahuecado el ala.
- HONOR. Como los pájaros.
ETER Sí; sin duda, para evitar que yo le diera las gracias. Hasta en eso, demuestra su noble generosidad.
- HONOR. ¿Y no le ha vuelto usted a ver?
ETER No; desde anteayer, que ando en su busca para darle las gracias... Pero no te vayas a figurar que estoy interesada por él. Es para darle las gracias nada más.
- HONOR. (Irónica.) Por supuesto.
(Se oye bocina de automóvil.)
ETER ¡Ah!
(Corren hacia el foro.)
- HONOR. ¡Es él, con el señor Cuyás! ¡Y se detienen!
ETER ¡Eso es que viene a ver ese hotel!
HONOR. De seguro.
ETER Ven, observaremos. (Vanse derecha.)

ESCENA IV

Por foro izquierda LORENZO, tipo exótico y elegante de automovilista; CUYAS, YA, groom negro, de uniforme apropiado, que les sigue a respetable distancia. Los tres entran en la parte de la izquierda. YA, al entrar, se quita la gorra y queda cuadrado e inmóvil cerca de la puerta del foro

- CUYÁS Pase por aquí.
LOR. (Habla abstraído y preocupado.) ¿Es ese el hotel?
CUYÁS Sí, señor. Está mueblado con todo lo necesario. No falta más que la ropa blanca de cama, que es cosa del inquilino. De lo que hay no falta nada.
LOR. (A Ya.) Garizazu chapela.
(Ya, se cubre y cruza de brazos; actitud que tomará siempre que hable con Lorenzo.)
CUYÁS (Aparte.) Yo diría que es alemán.
LOR. Queda el hotel de mi cuenta.
CUYÁS ¿Sin verlo por dentro interiormente?
LOR. No hace falta. Vengo decidido a pasar una temporada en el «Medio Ambiente». Este es el único hotel desocupado, ¿para qué verlo? Me ha dicho usted que doscientas pese-

- tas mensuales. (Cartera) Aquí tiene: doscientas. Y mi tarjeta. (Se la entrega.)
- CUYÁS Luego le traeré el resibo. Y si tiene alguna desavenencia con los vasinos de ese otro hotel, cuente conmigo, que yo lo arreglaré.
- LOR. ¿Quién vive en ese hotel?
- CUYÁS Un tal don Martín de Ponse, que le disen, y su familia. Muy buenas parsonas.
- LOR. Está bien. Ya.
- YA ¿Zernaidu jama?
- (Es vascuence. La z se pronuncia c s. La k se pronuncia che, como Aschcar.)
- LOR. Ekarrizazu maleta echeoneta.
- YA Askar. (Vase foro izquierda.)
- CUYÁS (Aparte.) Inglés.
- (Ya, vuelve con el Mecánico, conduciendo maletas y sombrereras, que entran en la izquierda.)
- LOR. Si las cosas marchan según deseo, tal vez compre yo este hotel.
- CUYÁS ¡Oh, hará una gran adquisición, porque no está construido de pacotilla; tiene simientos y todo. Y al año pasado conseguimos traer la luz eléctrica. Y antes no había más agua que la del poso, que se sacaba con bomba; pro, hase dos meses, que tiene agua viva, porque yo, yo mismo, tuve la suerte de descubrir aquí serca un maniantal, y se hiso el alumbramiento de las aguas, y fui falisitado par todo el mundo; hasta el alcalde me puso un besalamano disióndome: «Felisito a usted por tan felis alumbramiento.»
- LOR. (A Ya, que sale del hotel.) ¿Nonda oyeco erropa?
- YA Jero ekarrikoete. (Vase por el foro, y vuelve con maleta, manta de viaje, etc.)
- CUYÁS (Aparte.) Ruso.
- LOR. Ab lo seu permís. Estigui bo.
- CUYÁS ¡Ay, ayl! ¿Que també parla catalá?
- LOR. Una miqueta. (Vase al hotel.)

ESCENA V

CUYÁS. De la derecha ETER

- ETER Cuyás.
- CUYÁS Diga.
- ETER ¿Quién es ese joven?
- CUYÁS Uno que me alquila el hotel.

- ETER ¿Y no sabe usted quién es y cómo se llama?
CUYÁS No sé quién es; pro me figuro que debe ser
 una gran parsona. Y se llama (Mirando la
 tarjeta.) Lorenzo Mundi.
- ETER Se conoce que es un chico «bien».
CUYÁS Mucho más: un chico «muy».
- ETER ¿Extranjero?
CUYÁS Debe serlo; porque con el negrito habla ale-
 mán, inglés y ruso. An fin, si será hombre
 ilustrado que hasta habla el catalán.
- ETER ¿No le parece a usted que le envuelve una
 aureola de misterio?
CUYÁS Sí; me parese que es un joven de pronóstico
 reservado.
- ETER ¿Quién será?
CUYÁS Es fácil saberlo; no hay más que preguntár
 selo a doña Falisa. A los cinco minutos de
 llegar aquí una parsona, ya sabe quién es,
 dónde vive y hasta qué peluquero lo afeita.
- ETER Es verdad.
CUYÁS Como que aquí la llamamos doña Almanaque.
- ETER ¡Doña Almanaque! ¡Súper! Pero que de pri-
 mera!
CUYÁS ¡Ah, míresela aquí! (A Felisa, que pasa por el
 foro; viene de la izquierda.) Doña Almanaque... digo
 doña Falisa; Eter quiere hablar con usted.

ESCENA VI

LOS MISMOS y FELISA

- FEL. A eso vengo.
ETER Me va usted a presentar a ese joven ahora
 mismo.
CUYÁS Anseguida. (Vase hotel izquierda.)

ESCENA VII

ETER y FELISA

- FEL. Oye, ¿tú has visto un joven que va seguido
 de un negro?
ETER Sí; acaba de alquilar ese hotel.
FEL. Gracias a Dios.
ETER ¿Quién es?

- FEL. Eso es lo que yo venía a preguntarte. Hace tres días apareció por aquí y todavía no he podido averiguarlo. He preguntado en todos los hoteles, al alcalde del pueblo, a los vecinos, en Correos, en la estación; nadie le conoce; un misterio. Es la primera vez que me sucede. Esto me tiene tan excitada, tan nerviosa, que no he podido dormir en toda la noche. Al negro le he soltado a mi cocinera, y al mecánico a mi doncella; ca, ni por esas; ni una palabra. ¡Jesús, qué desesperación y qué recondenado de hombre!
- ETER Pronto lo sabremos, porque ahora me lo van a presentar.
- FEL. ¡Qué peso me quitas de encima!
- ETER Aquí viene.
- FEL. Bueno. Vuelvo en seguida. ¡Ay, respiro! ¡Gracias a Dios! (Vase foro izquierda.)

ESCENA VIII

ETER. Del hotel izquierda LORENZO y CUYAS. Lorenzo descubierto, sin el guardapolvo. YA, sale detrás y queda junto a la puerta del hotel cruzado de brazos

- CUYÁS Señor de Mundi, tengo la satisfacción de presentarle a usted a su vasina la sañurita de Ponse.
- LOR. Señorita...
- CUYÁS Sañurita, tengo la satisfacción de presentarle al señor don Lorenzo Mundi.
- ETER Tanto gusto.
- CUYÁS Yo aspero que no pasará lo que con los otros vasinos que se fueron, sino que habrá entre ustedes armonía y confraternitat.
- LOR. Sí, hombre; sí. (A Eter.) Después tendré el honor de pasar a saludarlos a ustedes y ofrecerles mi nueva casa.
- ETER Muchas gracias.
- LOR. Es mi obligación como vecino y además por gratitud.
- ETER ¿Gratitud?
- LOR. Sí; estoy muy agradecido a usted.
- ETER Más bien soy yo la que debo a usted agradecimiento.
- CUYÁS Ah, vamos; por lo visto, ya se conosían ustedes de antamano, antariamente.

- ETER Y muy agradecida por lo que hizo usted anteayer en la plaza del pueblo. Fué una acción muy simpática y muy noble.
- LOR. La ruego que no me lo recuerde.
- ETER ¿Por qué?
- LOR. En toda noble acción siempre hay algo oculto y ajeno a las nobles acciones.
- CUYÁS Esa es una de mis máximas.
- LOR. Y en aquella acción mía, suponiendo que merezca el calificativo de noble, también hubo su parte de egoísmo.
- ETER No comprendo. ¿Quiere usted explicármelo?
- LOR. Con mucho gusto.
- ETER Nos sentaremos, si a usted le parece.
- LOR. ¡Yá! Un asiento. (Ya, trae una butaca de mimbre a Lorenzo. Este se sienta.) Tabaco.
(Ya, corre al hotel y sale con una cajita de plata de la que Lorenzo toma un magnífico habano que enciende en un encendedor que sostiene el criado.)
- CUYÁS ¡Ay, carat! De manera que ustedes dos ya se habían hablado verbalmente.
- LOR. Señor administrador, ¿quiere usted hacer el favor de marcharse a su casa... a extenderme el recibo de alquiler?
- CUYÁS Ah, sí, sí. Comprendido, comprendido. (Vase foro izquierda.)
- LOR. (A Ya.) Retírate.
(Ya, hace una reverencia y vase hotel izquierda.)

ESCENA IX

ETER y LORENZO

- ETER A ver, explíquese.
- LOR. Yo, todos los días, salgo decidido a no volver a mi casa sin una emoción agradable y algo en el corazón, y anteayer yo vi en usted un rayo de sol, una mujer atrayente y hermosa, envuelta en vaporoso traje de verano y en el pecho un ramito de flores que mi deseo hubiese querido tomar con mano religiosa y besar con labio profano. Ese es el grato recuerdo que a mi casa llevé.
- ETER Muchas gracias por la galantería.
- LOR. No me lo agradezca, porque no se pasa un día sin uno de esos encuentros agradables; no a mí solamente, sino a todos los jóvenes.

Una mujer bonita aparece de pronto, un astro nuevo. Yo sé desde luego que sólo dispongo de un instante para admirar sus hermosos ojos. Me apresuro a amarla con todas mis fuerzas. Como ella sabe que nada arriesga, ella pone un poco de buena voluntad y bastante coquetería. Ella, entonces, es más bonita que nunca. El cielo sonríe o el infierno parpadea, es igual. Y nuestros ojos se dicen mil pensamientos adorables que van al corazón. De estas he amado un sin fin. Ayer mismo tuve que ir a la estación del pueblo. El tren se detuvo dos minutos. A una ventanilla venía asomada una rubita encantadora; una monada de criatura. Nos miramos... pero, en fin, no hablemos de eso. La rubita del tren hizo ayer mi felicidad como usted la hizo anteayer. Es una lástima no volver a ver jamás a una hermosa que encontramos en el campo, en el tren, donde sea, a la que al pasar amamos un instante... Son amores fugaces, golondrinas que revolotean sobre flores...

ETER
LOR.

Sin posarse en ninguna...

Salvo el caso en que la Casualidad o el Destino nos pone otra vez al lado de una de esas muchas a quienes un instante hemos amado. En ese caso, fijese bien, en ese caso estoy yo ahora con respecto a usted. A usted le toca hablar.

ETER

No sé qué decirle, porque... no acabo de comprender.

LOR.

Me ha comprendido usted perfectamente y espero su contestación.

ETER

Fijese en que yo no sé quién es usted. No sé más sino que se llama Lorenzo Mundi.

LOR.

Ya sabe usted más que yo, que ni siquiera sé cómo usted se llama, ni me hace falta. Yo la amo a usted aunque se llame Tiburcia. Me basta ver en usted unos trazos de colores delicados, entre rosa y lirio, cultivados por ángeles, unos ojos de cielo y una adorable morbidez de cisne.

ETER

¿Es usted poeta?

LOR.

No lo quiera Dios.

ETER

Bien; déjeme pensarlo unos días.

LOR.

No; pensarlo, no. Ha de contestarme ahora mismo o nunca.

- ETER Comprendo usted que no es esa la costumbre.
- LOR. La costumbre es una esclavitud que la sociedad se impone y yo no paso por ella. Todos los seres de la Creación, minerales, vegetales y animales—excepto el hombre—se unen por sorpresa, con una fuerza de atracción irresistible, con un amor no pensado. Por eso la Naturaleza es soberanamente fecunda, hermosa y poética.
- ETER Tiene usted razón... pero... así... tan de sorpresa.
- LOR. El amor que no es una sorpresa, no es verdadero; la contestación que ha de meditarse no es más que una frase estudiada, preparada, y si usted, para contestarme, necesita establecer una ecuación cuyos datos sean mi fortuna, mi profesión y mi probable porvenir, su respuesta no será la que le dicte su corazón, sino la resolución de un problema cuyos datos son los que usted me exige y yo no he de darle.
- ETER Usted debe haber estudiado mucho.
- LOR. No estudié más que a las mujeres. Gutenberg hizo una tontería con la invención de la imprenta, porque la mujer es el libro en que más se aprende.
- ETER Y de esos libros habrá usted estudiado muchos.
- LOR. Muchísimos. En rústica, encuadernados a todo lujo y hasta en pergamino. Mi padre quiso hacerme abogado; el día de los exámenes tuve que preguntar dónde estaba la Universidad. Me envió a Bélgica para hacerme ingeniero y le gasté un dineral infructuosamente. Le sacaba el dinero con mil pretextos. Hasta llegué a ponerle este telegrama: «Enviame más dinero para matricularme. Matriculas en manos de los revendedores.»
- ETER Originalísimo; como todos los artistas. Porque, no lo niegue, usted es pintor.
- LOR. Tuve, tuve mis comienzos, pero lo dejé; la pintura es una tontería.
- ETER ¿Tontería la pintura?
- LOR. ¿Qué hicieron Velázquez, el Greco, Rubens y Tintoretto después de todo? Restregar el pincel sobre un lienzo.

- ETER Y prefirió usted la escultura.
LOR. Tampoco. La escultura es otra simpleza. Coger un pedrusco y con un cincel ir quitando los trozos inútiles.
- ETER Y se dedicó usted a la música.
LOR. Me dediqué... a viajar, a recorrer el mundo desde las nevadas cumbres de los Andes hasta el centio de Africa.
- ETER ¡El Africa central! ¡Cómo me gustaría verlo!
LOR. Sobre todo el desierto. ¿Cómo es el desierto?
ETER Desierto completamente.
LOR. Debe ser encantador.
ETER Mucho. En cierta ocasión, a mi caravana se nos acabaron los víveres, y por no morirnos de hambre nos comimos al padre y a la madre de una familia negra.
- ETER ¡Qué horror!
LOR. Y a los pocos días nos comimos a sus hijos.
ETER ¿También a las pobres criaturas?
LOR. ¿Qué iban a hacer solos en el mundo aquellos desgraciados huérfanos? Así los reunimos con sus padres.
- ETER ¿Y fué usted al Africa por su gusto o comisionado por el Gobierno?
LOR. (Se levanta.) Usted es muy sagaz y pretende sonsacarme hábilmente los datos del problema. No se moleste. Bástele saber que soy libre, tengo excelente salud, estoy revacunado y... por mis venas corre sangre real.
- ETER ¿De qué familia? ¿Nacional o extranjera?
LOR. No me pregunte más. He hablado con exceso.
- ETER Deme usted un plazo, por pequeño que sea.
LOR. (Reloj.) Haré una excepción con usted. Le doy diez minutos.
- ETER ¿Nada más?
LOR. Nada más. Y advierto a usted que si permanezco soltero es porque no encontré mujer que, al requerirla de amores, se aviniera a contestarme al instante. (Llama.) ¡Ya!
(Ya, de la izquierda.)
- YA ¿Qué manda el señor?
LOR. Traeme el sombrero.
YA ¿Qué sombrero le traigo?
LOR. Cualquiera.
YA Le traeré el de color de carne.
LOR. Bueno, venga el de color de carne.
(Vase Ya.)

- LOR. Salgo a dar una vuelta y vuelvo.
ETER. Es mucha exigencia la de usted.
LOR. Ninguna. En este momento ya tiene usted dispuesta la contestación, pero, en fin, la costumbre, el buen parecer... lo de todas.
(Ya, sale con un sombrero flexible negro que entrega a Lorenzo.)
- YA ¿Acompaño al señor?
LOR. No: retírate.
(Ya, vase a la izquierda.)
- ETER Concédame siquiera doce minutos.
LOR. Ni un segundo mas. Hasta luego, amiga...
¿Cómo?
ETER Eter.
LOR. ¿Eter?
ETER ¿Le choca el nombre?
LOR. Sí; tiene más de farmacéutico que de eclesiástico.
- ETER Está en el santoral; san Eterio, pero Eter es más eufónico, más *chic*.
LOR. Y más... etéreo. Ya sabe usted, diez minutos. (Vase foro derecha.)
ETER (Aparte.) ¡Originalísimo! ¡Ideal!

ESCENA X

ETER; de la derecha, DOÑA JULIA

- ETER ¡Mamá, mamá!
JULIA (saltando.) Ya te he visto hablando con el vecino.
- ETER ¿Qué te ha parecido?
JULIA Un tipo algo extraño.
ETER Ah, pero muy original y distinguido.
JULIA ¿Y quién es?
ETER Ahí está el busilis, que lo ignoro; pero veo en él un hombre de *sprí* envuelto en una aureola de interesante misterio, y, según dice el administra, procura guardar el secreto de quién es.
- JULIA Ese hombre... me da miedo.
ETER A mí, ni pizca. Al contrario, pienso contestarle que sí.
- JULIA ¿Se te ha declarado?
ETER Con todas las de la ley. Y es tan excéntrico que me obliga a contestarle dentro de diez minutos. Tú verás.

JULIA ¿Y vas a aceptar los amores de un desconocido?

ETER Puede ser un nabab o un príncipe desterrado que tanto abunda ahora.

JULIA O puede ser un apache de los de levita.

ETER Precisamente ese es el gran atractivo que tiene para mí. No podía tenerle mayor. Lo desconocido me atrae.

JULIA Te guardarás muy bien de contestarle en tanto ignoremos su condición y antecedentes.

ETER Bien, bien; no chilles. Deja la chillería para después que le haya dicho que sí.

JULIA ¡Eter!

ETER No te molestes, no te molestes; es un tipo tal y como yo lo he soñado.

ESCENA XI

ETER y DOÑA JULIA. De la derecha, MARTIN, de sombrero y bastón

MAR. (saliendo.) ¿Ya estamos de polémica?

JULIA Martín, imponte; quiere ponerse en relaciones con el vecino. Un hombre misterioso.

ETER Ese es su mayor encanto.

JULIA Martín, imponte.

MAR. Yo me voy a dar mi paseito higiénico. Luego, con calma, me lo contareis todo minuciosamente, y después de bien enterado... allá os las compongais.

JULIA ¡Martín!

MAR. Esto es cosa de mujeres... (vase foro derecha.)

ETER Que le digo que sí, que le digo que sí.

ESCENA XII

LAS MISMAS. FELISA. por foro izquierda, viene corriendo

FEL. ¿Quién es?

ETER Sigo sin saberlo.

JULIA Y piensa contestarle que sí.

FEL. ¡Jesús qué barbaridad!

ETER Ninguna. ¿Por qué creen ustedes que a los otros pretendientes los mandé al arrastre?

Porque una vez tratados y conocidos a fondo, ya no me inspiraban ningún interés. Para mí, los novios son como las novelas, que después de leídas sólo merecen ir a un puesto de libros viejos.

JULIA ¿Ha visto usted qué disparate?
ETER ¿Ponerse en relaciones con un ser misterioso? Un libro nuevo; ir leyendo cada día un capítulo de su vida; hoy, su nombre; mañana, su profesión; pasado, un detalle de su historia... Interesantísimo... o me caso así o no tendrás nietos.
FEL. Pero, Dios mío, ¿me voy a volver a casa sin saber quién es?

ESCENA XIII

LAS MISMAS. CUYÁS, por foro izquierda; entra en la parte de la izquierda. YA, de la izquierda

CUYÁS ¡Ya!
YA Señor.
CUYÁS ¿Está tu amo?
YA Fuese a dar un paseito matinal.
CUYÁS El recibo del mes. (Lo entrega. Ya, vase al hotel.)
FEL. ¡Cuyás!
CUYÁS Señora.
FEL. Venga usted. (Cuyás pasa a la derecha.)
JULIA A ver si resulta que ese hombre está fichado.
ETER Que esté.
CUYÁS A su disposición.
FEL. ¿Quién es el vecino ese?
CUYÁS Es... un misterio.
JULIA Algún Fantomas.
CUYÁS Cá.
ETER Puede ser un detective.
CUYÁS Si fuera un detective llevaría un monóculo en un ojo nada más.
JULIA Sepa usted que yo no sigo aquí con esta zozobra; y si antes de diez minutos no me averigua usted quién es, nos vamos a Madrid esta misma tarde.
FEL. Y yo avisaré a los demás hoteles para que hagan lo mismo.
CUYÁS ¿De manera que ya tenemos la gresca armada?

JULIA O él, o todos los demás inquilinos.
CUYÁS ¿Y a quién voy a preguntar?
FEL. Al negro; por ese lo sabrá usted de buena tinta.
CUYÁS (Pasa a la izquierda.) ¡Ay, ma casun quinsel!
(Eter, Julia y Felisa vanse al hotel.)

ESCENA XIV

CUYÁS. De la izquierda, YA.

CUYÁS ¡Yal ¡Yal
YA Señor. (Sin cruzar los brazos.)
CUYÁS (Amable, le hace una carantoña.) Hola, currutaco.
YA No me apode, que yo no me llamo Currutaco, que soy bautisao, y me nominaron Ya, que es nombre de santo.
CUYÁS Bien, sí, Ya. Pues verás; es el caso que tengo la obligasión de pasar a la Alcaldía la hoja con el nombre y circunstancias de todo inquilino nuevo; de modo, que, ¿de dónde viene tu amo?
YA No le digo.
CUYÁS ¿Y qué profesión tiene?
YA Tampoco le digo.
CUYÁS Ah, pues me tienes que decir de dónde viene.
YA Averigueló.
CUYÁS Y su profesión.
YA Averigualá.
CUYÁS Aquí hay gato enserrado.
YA Si lo hubiera no habría tantos ratones en este hotel.
CUYÁS (Festivo.) ¡Gateral
YA No me apode.
CUYÁS Oye; tu amo tiene mucho dinero, ¿verdad?
YA No le digo.
CUYÁS Que es hombre de dinero, salta a la vista.
YA Déjese de investigaciones.
CUYÁS Y, ese dinero será bien adquirido, por su puesto.
YA Pues ¿qué se resela usted, que mi amo es un salta caminos?
CUYÁS Hombre, yo...
YA Usted es un sanaco.

CUYÁS No me apodes.
YA Váyase noramala. Y otra vez aguayte y mire lo que dise de mi señorito, si no quiere fajarse conmigo. ¡Sanacol! ¡Indesanacol! ¡Jajay! (Vase al hotel.)
CUYÁS (Aparte.) Nada, que hoy me quedo con los huteles vasíos. (Pasa a la derecha.)

ESCENA XV

CUYÁS. Del hotel, ETER, JULIA, FELISA y HONORATA

FEL. ¿Lo averiguó?
CUYÁS Cá; del negro no se puede sacar nada en claro.
JULIA ¿Lo ve usted? Puede ser un malhechor que por la noche nos robe y asesine a todos.
HONOR. Señora, yo no quiero dormir sola.
FEL. ¿A quién le preguntaríamos?

ESCENA XVI

LOS MISMOS. Por el foro derecha DON MARTIN

MAR. Ya sé quién es.
TODOS ¿Sí?
MAR. Sí.
FEL. ¡Gracias a Dios!
MAR. Me lo ha dicho el cartero. Ese joven es un tal Lorenzo Mundi.
FEL. ¿Y qué más?
MAR. Es lo único que sabe el cartero.
FEL. ¡Valiente cosa!
ETER Es un chico «bien». ¿Qué más necesitamos saber?
MAR. Puede ser el inventor del mapa.
 (Vese pasar a Lorenzo, que viene del foro derecha, y entra en la parte izquierda.)
CUYÁS Ya es aquí.
ETER Viene por la contestación.
MAR. Allá vosotras. (Vase al hotel.)
JULIA Bueno, pues haz lo que te dé la gana. (Vase al hotel.)
ETER Seguiré tu consejo.
FEL. ¿Y no voy a saber quién es?

ETER No.
FEL. ¡Jesús, y qué mal corazón tienes! (Vase al hotel.)
ETER Cuyás, aquí sobra uno.
CUYÁS Cumprendido, cumprendido. (Vase foro izquierda.)

ESCENA XVII

ETER y LORENZO

LOR. Han pasado los diez minutos.
ETER Sí.
LOR. Contésteme con toda sinceridad.
ETER Pues bien, con toda franqueza. Acepto las relaciones que me pide. En cuanto a quererle, es cuestión de tiempo.
LOR. Yo no lo he necesitado.
ETER Yo, sí; el corazón no es un reloj al que se da cuerda para que marche.
LOR. ¿Y usted comprende que pueda llegar a quererme?
ETER No lo sé, porque, la verdad, hasta hoy no he sentido cariño por ninguno de los que me pretendieron, y hasta he llegado a temer que no soy susceptible de querer a nadie.
LOR. Deseche usted idea tan falsa. Es que el ambiente en que usted vive no es el más apropiado para que el amor germine; pero yo me encargo de que usted ame. Dios ha sembrado esa semilla en todas las almas femeninas dejándonos a los hombres el hermoso privilegio de regarla con una lágrima y solearla con una mirada.
ETER No sabe usted el consuelo que recibo de sus palabras.
LOR. Permítame que me retire; va a salir el correo y necesito escribir.
ETER Adiós, Lorenzo.
LOR. Adiós, Eteria (Medio mutis.) ¿Quiére usted que demos un paseo esta tarde?
ETER No deseo otra cosa. Espéreme a las cinco, en la carretera, al final de los hoteles.
LOR. ¿A usted sola?
ETER Sí; yo sola. ¿Qué tiene eso de particular?
LOR. Queridísima Eteria, usted sola, no; eso será muy yanqui; pero yo soy muy español.

Venga usted con sus padres, se lo suplico por lo mucho que la quiero. Seremos dos parejas, y nosotros, delante.

ETER

Bien; como usted quiera.

LOR.

Hasta la tarde. (vase al hotel.)

ETER

Hasta la tarde.

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración. Es de día. Sol espléndido

ESCENA PRIMERA

DON MARTIN por el foro derecha. Seguidamente JULIA, del hotel

MAR. (Llama.) ¡Julia!
JULIA. Hola.
MAR. ¿Sabes si ha llegado la familia de Lorenzo?
JULIA. Supongo que sí.
MAR. Las ventanas y la puerta están cerradas.
JULIA. Estarán durmiendo todavía.
MAR. Eres tan ligera como tu hija; no debías haber consentido la petición de mano sin saber quién es ese joven.
JULIA. No solamente lo he consentido sino que yo he querido adelantar esa petición para saber cuanto antes quién es Lorenzo. Una vez sabido, si no nos conviene, lo enviamos a paseo.

ESCENA II

LOS MISMOS. YA, del hotel, izquierda

MAR. Oye, morenito.
YA. Mande, señor. (Brazos cruzados.)
MAR. ¿Llegaron tus amos?

- YA Sí, señor; esta madrugada llegó doña familia del señorito Lorenzo.
- JULIA ¿Han llegado bien?
- YA Sin detrimentos personales, a Dios gracias; más como llegaron *soñolientos* y arripiásimos del triquitraque del automóvil, están todavía en el lecho, salvo el señorito Lorenzo, que ya se incorporó, y ahoritica está poniéndose pulcro.
- JULIA Está bien.
- YA Permítame la señora ofreserle el testimonio de mi más cumplido parabién por el fausto acontecimiento de la petisión de mano de su señorita hija, por el cual cordialmente me congratulo.
- JULIA Muchas gracias. (Vase al hotel.)
- YA Permítame el señor ofreserle el testimonio de mi más cumplido parabién por el fausto acontecimiento de la petisión de mano de su señorita hija, por el cual cordialmente me congratulo.
- MAR. Muchas gracias. (Vase al hotel.)
- YA A las gratas órdenes de la señora y a las gratas órdenes del señor. (Vase foro izquierda.)

ESCENA III

Por el foro derecha CAMARERO; viste guardapolvo y gorra de viaje elegantes. Por su indumento no puede deducirse que es un Camarero. Llama al timbre de la puerta del foro. HONORATA sale a abrir.

Luego JULIA, del hotel

- HONOR. ¿Por quién pregunta usted?
- CAM. Por los señores de Ponce.
- HONOR. Aquí es.
- CAM. Necesito hablarles.
- HONOR. Voy a pasar recado. (Medio mutis.)
- JULIA (Aparte a Honorata.) ¿Quién es?
- HONOR. No sé; se me figura que es un amigo del señorito Arcadio. (Vase al hotel.)
- CAM. A los piés de usted.
- JULIA Siéntese.
- CAM. Estoy bien; gracias. Vengo de la estación del ferrocarril...
- JULIA Pues por eso; vendrá usted cansado; haga el favor de sentarse.

- CAM. Obedezco. (Se sienta.) En la estación me han dicho que todo llegó sin novedad y fué traído aquí.
- JULIA ¿El qué?
- CAM. El servicio y los comestibles del hotel Floc. Yo soy el camarero que viene a dirigir la comida encargada por ustedes.
- JULIA (Se levanta. Aparte.) ¡Un camarero! Podía usted haber empezado por ahí.
- CAM. (Se levanta.) Usted perdone. Supongo que ya habrán llegado el cocinero y los otros dos camareros.
- JULIA Sí, señor; dentro los tiene usted.
- CAM. Muy bien.
- JULIA ¿Qué menú han dispuesto?
- CAM. (Lee en un papel. Acento francés.)
Orsduvrs varié.
Consomé Rambró.
Frits Sansoné.
Puasón Sansonó.
A-pers d'Aranjué.
Rotí Retapó.
Glas Retapé.
Galets Gató.
Fruits glasé.
- JULIA ¿Y vinos?
- CAM. Todos extranjeros. (Lee.)
Chato Valdepeñ.
Manzanill Sa-lucar.
Xerez, Malag.
Champañ, de le Gaiteró.
- JULIA ¿Habrà suficiente Champán con el que han traído?
- CAM. Eso depende de quien lo sirva. Si me encargan a mí, con una sola botella, previamente agitala, me comprometo a que sobre. Como el Champán se destapa en el momento de las expansiones, cuando todos los comensales hablan a la vez, puede servírseles impunemente media copa de espuma. Para servirlo de esta forma soy la especialidad en el Hotel Floc.
- JULIA Está bien.
- CAM. Con su permiso. (Entra en el hotel.)

ESCENA IV

JULIA. ETER, llega corriendo por foro izquierda. Después HONORATA

- ETER ¡Mamá! ¡Mamá!
- JULIA Hola.
- ETER Voy a ponerme el traje de alpinista.
- JULIA ¿El traje de alpinista?
- ETER Sí. No me esperéis a comer.
- JULIA ¿Que no te esperemos a comer?
- ETER No; volveré a la noche. Las de Cepera y unos amigos que han llegado de la Granja nos vamos de excursión alpinista y me esperan con el auto.
- JULIA ¿De excursión alpinista? ¿Tú sabes lo que estás diciendo?
- ETER Pues, ¿no lo he de saber? Subir en busca de la nieve, sentarse sobre ella cogidos los unos a los otros y... ¡zás!, abajo todos revueltos. ¡El caos! Voy a vestirme. (Medio mutis.)
- JULIA ¡Eter, por Dios!
- ETER ¿Qué hay, vamos a ver?
- JULIA ¿Has olvidado que hoy la familia de Lorenzo viene a pedir tu mano?
- ETER Ay... es verdad. Se me había olvidado ese detalle.
- JULIA ¡Detalle! ¿Llamas «detalle» al acto de más trascendencia en la vida de una mujer?
- ETER Bueno, bueno; no hay que chillar por tan poca cosa.
- JULIA ¡Honorata! Vaya usted al hotel de los de Cepera y diga que no esperen a Eter.
- ETER Espera. ¿No podríamos dejar eso de la petición para otro día?
- JULIA ¿Cómo se ha de dejar si tú misma fijaste la fecha y está aquí la familia de Lorenzo? Vaya usted. (A Honorata. Vase Honorata, foro izquierda.) ¡Qué cabeza la tuya, hija mía!
- ETER Una distracción cualquiera la tiene. ¡Qué fastidioso! Yo que pensaba estrenar hoy el traje de alpinista. ¡El apabullen!
- JULIA Ya están aquí los criados del hotel Floc preparando la comida. Por cierto que no han traído las flores para la mesa.
- ETER Ah, pues yo, sin flores en la mesa, no me siento a comer.

ESCENA V

DICHAS. Por foro derecha FELISA, de viaje

- FEL. ¡Noticial ¡Noticia!
- JULIA Hola, Felisa.
- FEL. ¿A que no saben ustedes de dónde vengo?
- ETER ¿De dónde?
- JULIA De Madrid.
- FEL. Sí; acabo de llegar. Digan ustedes de mí lo que quieran, pero yo ya no podía resistir más, y anteayer tomé el tren y me fui a averiguar quién es ese demonio de Lorenzo.
- JULIA También es humor.
- FEL. Trabajo me ha costado: visité a todas mis familias conocidas, los comercios, los sastres de lujo, casinos, Inspección de policía, Ministerio de la Gobernación; nada, ni pío. Ultimamente me fui a «La Exactitud», la mejor agencia de informaciones; mi buen dinero me ha costado, pero ya sé quién es ese señor...
- ETER Casi lo siento.
- JULIA ¿Y qué le han dicho en «La Exactitud»?
- FEL. Que Lorenzo no es español; es americano; hijo de una familia yanqui; su padre es un ingeniero millonario, de Nueva York; constructor de esas casas tan altas que llaman rascacielos.
- ETER No, hija; rascacielos.
- FEL. Bueno, lo mismo da. Y el motivo de venir Lorenzo al Guadarrama ha sido el de estudiar esos montes donde se cree que hay minas de plata. Por eso no quiere que nadie sepa quién es. Vaya una boda la que haces, hija mía. Ya es suerte; te felicito y queden con Dios. (Medio mutis)
- JULIA Adiós.
- FEL. Y conste que me he salido con la mía.
- ETER Que sea enhorabuena.
- FEL. ¡Ay!, no saben ustedes el peso que se me ha quitado de encima. (Vase foro izquierda.)
- JULIA Suerte has tenido.
- ETER No digas nada de esto a Lorenzo; él quiere que yo le ame ignorando que su padre es millonario.

ESCENA VI

DICHAS. Por foro izquierda, CUYÁS y YA. HONORATA vuelve a su hotel

CUYÁS ¿Sabes para qué me llama tu señorito?
YA No le digo.
CUYÁS Que salga pronto, que tengo prisa.
YA Le haré la prevención. (Vase al hotel.)
ETER ¡Administrat!
CUYÁS Sañurita...
ETER ¿Hay flores por aquí?
CUYÁS Ya lo creo; par aquí las tiene usted; todas
 cuantas quiera.
JULIA ¿Dónde están, si no se ve ninguna?
CUYÁS Oh, bien; no están más que sembradas, pro
 deje ustet que nascan y verá.
ETER Las necesitamos para la mesa.
JULIA Las busca usted para antes del mediodía.
CUYÁS ¿Dónde las voy a buscar las flores?
JULIA Las pinta usted.

ESCENA VII

DICHAS. LORENZO, de su hotel con dos ramos de flores

LOR. No hay que apurarse. Aquí tienen dos
 ramos.
CUYÁS Que tengo prisa.
LOR. Epérese. (Pasa a la derecha.)
JULIA Muy bonitos ramos.
LOR. Los he traído de Madrid; uno para usted y
 otro para ti. (Los entrega.)
JULIA Ahí tienes; primero a mí.
LOR. No vayas a tener celos.
ETER ¡Tontol
JULIA Cuyas; usted a traer flores para esparcilas
 por el mantel. (Vase al hotel.)
ETER Tu familia estará asombrada de que a la se-
 mana de conocernos vengan a pedir mi
 mano.
LOR. No; saben mi modo de pensar acerca del
 amor y son felices porque yo lo soy.
CUYÁS Señor de Mundi: ¿me ha llamado ustet para
 esto?

LOR. Ah, sí: tengo que hablar con Cuyás.
ETER Anda, anda. (Vase al hotel.)
LOR. Hasta pronto. (Pasa a la izquierda.) Queridísimo Cuyás: Figúrese que en los cimientos de estos dos hoteles han colocado unas arrobas de dinamita.
CUYÁS ¿Qué me dise?

ESCENA VIII

DICHOS y ARCADIO, de su hotel

ARC. ¡Lorenzo!
LOR. Pasa. (Arcadio pasa a la izquierda.) Aquí tienes al gran Cuyás. Al encargado de prender la mecha.
CUYÁS ¿Me quiere explicar qué es eso de la mecha y de la dinamita?
LOR. Usted me ofreció intervenir en cualquier diferencia surgida entre los vecinos.
ARC. Y a nosotros también.
CUYÁS Sí, señor; y me rectifico en ello. Yo soy esclavo de la palabra que doy.
LOR. Pues bien: don Malaquías Pérez, el que estuvo antes aquí, es padrastro mío.
ARC. Y Cleta, hermanastra de Lorenzo.
CUYÁS ¡Ay, carat!
LOR. En cuanto la mamá de Arcadio, y Eter se enteren de quién soy yo, hay aquí un terremoto.
CUYÁS Y gordo.
LOR. Usted se encarga de decírselo a las dos.
ARC. Y se lo dirá.
CUYÁS No, señor; esto es cosa de ustedes.
LOR. La misión de usted se reduce a evitarnos el primer choque.
ARC. Que es el temible.
CUYÁS ¿Y yo voy a servir de parapeto?
LOR. Sí, porque en esa primera embestida es cuando suelen proferirse las palabras gruesas.
ARC. Y las frases ofensivas, difíciles de retirar después.
CUYÁS ¡Ay, ma casun quinsel!
LOR. Pasado el primer encontronazo, de lo demás me encargo yo.
ARC. Y yo.

- CUYÁS Pero ustedes quieren que esa señora se dasahogue an insultos contra mí.
- LOR. A usted no le han de hacer mella, porque irán dirigidos a nosotros.
- CUYÁS Quiere desirse que aquí se rifa una bufatada: que yo voy a ser el agrasiado, y daspués ustet dispensi, que no era para ustet.
- ARC. Hombre, mi madre no le va a pegar a usted.
- CUYÁS Es un dasir que dasimos.
- LOR. Además, que usted es hombre diplomático.
- ARC. Y de palabra fácil.
- LOR. Y que cuando da una palabra...
- ARC. La cumple.
- CUYÁS Sí, señor; yo no tengo más que una palabra.
- LOR. Señor Cuyás: en aquel hotel le esperan a usted.
- CUYÁS Allá voy, pase lo que pase. (Pasa a la derecha.)
- ARC. Valor.
- LOR. A quedar como un caballero. (Vase a su hotel con Arcadio.)
- CUYÁS (Llama a la puerta derecha.) ¡Miñona! Diga a la señora que nasasito hablar con ella. (Aparte.) Más quisiera vérmelas con un ascuadrón de caballería.

ESCENA IX

CUYÁS. De su hotel JULIA y ETER

- ETER ¿Y las flores?
- CUYÁS No son flores las que traigo, sino aspinas.
- JULIA ¿Espinas? Explíquese.
- CUYÁS (Aparte.) ¡Ay, Mare de Deu Santísima!
- JULIA Vamos, hombre.
- CUYÁS Yo... como las apresio a ustedes, quiero dasancubrirles un sagreto, pro no me dascubran ustedes.
- ETER ¿Un secreto?
- CUYÁS De su prometido de ustet.
- JULIA Pues, ¿qué sucede?
- CUYÁS No lo quieran ustedes saber.
- JULIA Vamos, hombre.
- CUYÁS Los padres de Lorenzo son unos acaudalados industriales.
- ETER ¿Y qué?
- CUYÁS El padre de Lorenzo... no es padre de Lorenzo.

- JULIA ¿Que no es su padre?
CUYÁS Es... su padrastro. Por eso el apellido de Lorenzo no es el de su padre, sino el del primer marido de su madre, que se llamaba Mundi.
- ETER Naturalmente.
CUYÁS Además... Lorenzo tiene una... una...
ETER ¿Una amiga? A mí, plin; eso es hasta elegante.
- CUYÁS Una... hermanastra.
JULIA ¿Y bien?
CUYÁS Muy buena chica, que hará la falisitat del hombre que tenga la suerte de casarse con ella.
- ETER ¿Y qué más?
CUYÁS Que esa chica está en relaciones con Arcadio.
JULIV Me alegro. Gracias a Dios que ha dejado a la sombrerera.
- CUYÁS Es que... esta, también hace sombreros.
JULIA ¿Que hace sombreros?
CUYÁS Prasiolos. La llaman Manitas de Plata.
JULIA Pero no será sombrerera de profesión.
CUYÁS Sí, sañora; porque esta es... es la misma de antes.
- ETER ¿Cleta?
CUYÁS Sí, Cletita; muy buena chica.
JULIA ¿De modo que los padres de Lorenzo...?
CUYÁS Los que estuvieron aquí, don Malaquías Pérez.
- JULIA ¡Los tenderos!
ETER (Riendo.) ¡Pataplún!
JULIA ¡El quincallero!
ETER (Saltando de regocijo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Tiene gracia! ¡De primeral!
- JULIA ¿Te ríes de eso?
ETER Pero si es que tiene mucha gracia. ¡Ja, ja, ja!
- CUYÁS Sí que la tiene.
JULIA Cálese usted. Pero, ¿no comprendes la extratagama de que hemos sido víctimas? ¿No ves que el amor que Lorenzo te ha jurado y el cariño y atenciones que nos tiene a todos es una pura farsa?
- ETER ¿Por qué?
JULIA Porque todo eso no ha sido más que un lazo para que, aceptando su casamiento contigo,uviésemos que cargar con el de Arcadio y la hermanastra de Lorenzo.

- ETER Calle; puede que tengas razón.
JULIA ¡Con la sombrerera!
CUYÁS Muy buena chica.
JULIA Lo será, pero ni yo consiento emparentar con esas gentes ni mucho menos que se juegue con nosotros. Tú ya puedes comprender que esto se ha terminado. Se conoce que Lorenzo quiere mucho a su hermanita, pero no a ti.
- ETER Nos ha tomado el pelo. (Con despecho mal contenido que poco a poco se va transformado en pesar y acaba en llanto con el que demuestra no sentir lo que dice) Hemos terminado para siempre. No creas que me importa, al contrario, me alegro. Lo único que no le perdono es el ridículo en que me ha puesto, porque en cuanto a quererle, yo no le he querido nunca.
- CUYÁS Yo pensaba que sí.
ETER ¡No, señor! Qué afecto puede merecerme el hombre que constantemente me está con la lata: «No digas descacharren». «No digas desmigue». «No digas estoy en plan ni estoy en tren, que es una ridiculez». Y que no quiere llamarme Eter, sino Eteria.
- JULIA Bueno, pues se ha terminado.
ETER No; quiero hablar con él para que sepa que yo también le engaqué; que jamás le he querido; que no le quiero, que le aborrezco... que le odio... (Vase al hotel llorando.)

ESCENA X

JULIA y CUYÁS

- JULIA Por supuesto, que el alma de todo este embrollo ha sido usted, señor Cuyás.
CUYÁS Está muy equivocada. Yo no he sabido nada hasta hace poco, y si he venido a contárselo, es porque me consta la manía que ustedes tienen a estas buenas gentes.
- JULIA No es manía; es por el agravio que ese quincallero hizo a mi marido.
CUYÁS Ustet dispensará si le digo que las personas nobles pardonan los agravios.
JULIA Además, entre su educación y la nuestra hay mucha diferencia.

- CUYÁS No veo la diferencia.
JULIA Porque usted es de los que confunden la gimnasia con la magnesia.
CUYÁS Ah, eso sí que no. Yo no confundo la gimnasia con la magnesia. Damasiado sé que la Gimnasia son esos polvos blancos que sirven para madisina, mientras que la magnesia es l'arte de haser movimientos para desarrullar los músculos. ¿Qué me va ustet a explicar a mí?
JULIA Sostengo que usted es el causante de todo, por lo tanto, véase con Lorenzo y que hoy mismo se marchen de aquí. O ellos o nosotros. (Vase al hotel.)
CUYÁS (Aparte.) ¡Ya me tienen llena la barratina!

ESCENA XI

CUYAS. De su hotel LORENZO y ARCADIO. Pasan a la derecha

- LOR. ¿Qué ha habido?
CUYÁS Burrasca.
ARC. ¿Y mamá?
CUYÁS Explosiva.
LOR. ¿Etería?
CUYÁS Una valla de lágrimas.
LOR. (A Arcadio.) Dile que salga.
(Arcadio vase a su hotel.)
CUYÁS Al caso es que de todo me dan a mí las culpas y entre todos me van a girar el juicio.

ESCENA XII

LORENZO, CUYAS. ETER, de su hotel

- ETER ¿Viene usted a despedirse?
LOR. Etería; deja ese tono de reconvención, que no merezco. Vengo a sincerarme.
ETER No es posible. Nos ha engañado usted de una manera inicua.
LOR. No hay engaño ninguno.
ETER ¿Cómo que no? Hasta en los más pequeños detalles: hablando con el negro en alemán, inglés y ruso.
LOR. Ese criado negro, es el botones que tenemos en la sucursal de San Sebastián; allí se crió

- y, lo que hablo con él algunas veces es el vascuence; yo no tengo la culpa de que Cuyás te haya dicho esa majadería.
- CUYÁS (aparte.) Bueno; ya me la he cargado yo.
- ETER Que había usted estado en Africa...
- LOR. Exacto; a comerciar con pieles y plumas para la industria de mis padres. Y estoy casi siempre en el extranjero para enviarles los modelos más recientes.
- ETER Y que por sus venas corría sangre real.
- LOR. Exactísimo; el negro y la negra que nos comimos en Africa eran los reyes de una tribu salvaje.
- CUYÁS Tiene razón; sangre real nutritiva.
- LOR. Yo no he mentido en nada, y, mucho menos en el cariño que te he jurado.
- ETER A quien se conoce que usted quiere de modo entrañable es a su hermanastra.
- LOR. Muchísimo; por ella daría mi vida, pero voy a convencerte de que te quiero a ti mucho más.
- ETER No me convencerá.(Se sienta.)
- LOR. Sí, porque hablo con el corazón. Cuyás, las flores para la mesa.
- CUYÁS Cumprendido... (Vase foro izquierda.)

ESCENA XIII

LORENZO y ETER

- LOR. Oye, Eteria; desde que mi hermana tuvo edad para intervenir en el negocio de mi casa, como si ella fuese un hada protectora, floreció nuestra industria como por encanto; a su inteligencia y laboriosidad debemos la fortuna de que hoy disfrutamos. Figúrate, pues, cuánto será el cariño que por mi hermana siento. Al volver del extranjero y encontrármela enferma por el disgusto que la ocasionásteis, te soy franco, concebí la idea de venir al Guadarrama, procurar enamorarle y obligarle de este modo a que Arcadio se casase con ella.
- ETER ¿Ve usted cómo no era cierto su cariño por mí?
- LOR. Espera; cuando te ví en la plaza del pueblo deseando libertar a aquellos pajarillos pri-

sioneros, yo no sabía quién eras. Me enamoré de ti hasta tal extremo, que desistí hacer el amor a la hija de los señores de Ponce, pero la casualidad, la bendita casualidad, hizo que la hija de esos señores fueses tú precisamente. Te lo juro por lo más sagrado. ¿No quieres creerme?

ETER

No.

LOR.

Está bien. Hoy nos volveremos a Madrid y, ¿qué le vamos hacer? Mi pobre hermana y yo nos consolaremos mutuamente. Lloraremos juntas nuestras desventuras... Ruego a usted que me perdone y no me guarde rencor. Adiós, Eteria. (Pasa a la derecha y cuando ya va a entrar en su hotel:)

ETER

¡Lorenz!

LOR.

¿Eh?

ETER

Te creo... Te creo...

LOR.

(Junto a la divisoria.) ¿De veras?

ETER

Sí.

LOR.

¿No te queda resquemor alguno?

ETER

Ninguno.

LOR.

Pues basta; a ti te corresponde convencer a tu madre.

ETER

La convenceré. Por supuesto que la petición de mi mano lleva consigo la de tu hermana.

LOR.

Corro a darle la noticia.

ETER

Y dile que ya me es simpática, que ya la quiero.

LOR.

Se lo diré.

ETER

Y le das un beso de mi parte.

LOR.

Ahora mismo. (Entra en su hotel.)

ESCENA XIV

ETER. CUYÁS, por foro izquierda con una canastilla de flores. En la puerta de la parte derecha, luego JULIA de su hotel

CUYÁS

¿Se puede pasar sin que me echen ustedes otra vez?

ETER

Pase, Cuyás.

CUYÁS

He podido arraplagar estas pocas flores. (Las deja en el velador.)

JULIA

(saltando.) Para flores estamos. Ya se las puede llevar otra vez.

ETER

No; no se las lleve.

JULIA

¿Y eso?

- ETER Mi esposo será Lorenzo o ninguno.
JULIA ¿Qué dices?
ETER Que nos queremos a rabiarse.
JULIA ¿De manera que hemos de darnos por vendidos?
CUYÁS Yo, an al caso de ustet, casaría a la chica.
JULIA ¿Usted qué sabe?
CUYÁS La mujer se ca-a cuando puede, y el hombre cuando quiere. Esta máxima es mía.
(Pequeña pausa.)
ETER ¿Has oído lo que dice Cuyás?
JULIA Sí; no le falta razón. Pero yo no podré acostumbrarme al trato de esa gente.
CUYÁS Se acostumbrará; y si no, recuerde ustet el cuento del pes.
ETER No lo conocemos.
CUYÁS Pues es muy conosido. Uno tenía un pes dentro del interior de una pesera, y lo fué acostumbrando a estar cada ves con menos agua, porque cada día le quitaba una poca hasta que le dejó en seco, y el pes saltó de la pesera y seguía al amo; y un día que salieron de paseo, el pes se cayó en una asequia y se ahogó.
JULIA ¡Qué gansada!
CUYÁS Es para que vea lo que puede la costumbre. Más vale que cante ustet la *palidonia*.
JULIA No hay más remedio. Cásate con tu Lorenzo.
ETER Y Arcadio con Cleta.
JULIA Sea.

ESCENA XV

DICHOS. Del hotel ARCADIO

- ARC. Gracias, mamá.
JULIA ¡Ah, pícaro, que tú también estabas en el ajo.
ARC. Voy a darles la buena noticia. (Vase al hotel izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS. DON MARTIN, del hotel

- MAR. Nada, nada, mi mujer tiene razón; no podemos consentir esas uniones.

JULIA Sí, hombre, sí. Las personas nobles deben perdonar.
MAR. Eso, eso es lo que yo te decía.

ESCENA XVII

DICHOS. Por foro izquierda FELISA

CUYÁS (La ve venir.) Doña Almanaque.
FEL. ¡Noticial! ¡Noticial! (Muy contenta.)
ETER No será como la que le proporcionó la Agencia.
FEL. Calla, por Dios, que bien me han estafado en la dichosa Agencia. Pero ya sé quién es tu prometido. Me lo acaba de asegurar la Condesita.
ETER ¿Y quién le ha dicho que es Lorenzo?
FEL. Un hermano de Romanones.
TODOS ¡Ja, ja, ja!
FEL. ¿A qué viene esa risa?
ETER ¡La Condesita! ¡Bien se ha chungueado de usted!
FEL. ¿De mí?
ETER Lorenzo es el hijastro de Malaquías Pérez.
FEL. ¿De modo que la Condesita se ha burlado de mí?
ETER Le ha tomado a usted el pelo.
FEL. Pues es una broma de mal género, que no se la perdono. Ahora mismo voy a decirle las del Barquero... ¡Le voy a decir pocas! (Vase foro izquierda.)
CUYÁS (Muerto de risa. Aparte.) ¡Doña Almanaque!...
ETER Me parece que sale la familia de Lorenzo.
CUYÁS Máxima: Lo desagradable no debe recordarse. Como si se vieran ustedes por primera vez. (Pasa a la izquierda.)
MAR. Es claro.

ESCENA XVIII

DICHOS. Del hotel izquierda ARCADIO, LORENZO, CLETA, SERAPIA, MALAQUIAS y YA

ARC. Mamá, los señores de Pérez.
CUYÁS (A Malaquías.) Como si se vieran por primera vez.

- MAL. Claro, hombre; aquí no ha pasado nada.
(Saludos mutuos.)
- ARC. Mamá; Cletita.
- CUYÁS Manitas de Plata.
- YA (A cleta.) Permítame la señorita ofreserle el testimonio...
- CLETA Ya me lo has dicho antes.
- ARC. Desde hoy ya no hay diferencia entre las dos.
- ETER Hay una diferencia; que las manos de Cletita son de Plata, y las mías no.
- LOR. Las tuyas son de azucena.
- CLETA Pido un puesto en la mesa para Cuyás.
- ETER Bien se lo ha ganado.
- CUYÁS Me parece que sí. (subido en el murete divisorio.)
- MAR. (A Cuyás.) Y a ver si no nos vuelve usted a armar más líos.
- CUYÁS Muchas gracias. Aquí no hay más lío sino que ha triunfado mi máxima. «La mujer se casa cuando puede y el hombre cuando quiere».
- MAR. (Mientras baja el telón.) Vamos a pasar.
- ETER }
JULIA } Vamos. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE PABLO PARELLADA

- Los asistentes*, juguete en un acto
La cantina, sainete en un acto.
Las olivas, cuento en un acto.
El Regimiento de Lupión, comedia en cuatro actos.
El filósofo de Cuenca, comedia en tres actos.
El figón, juguete en un acto.
Los motes ó el gran sastre de Alcalá, sainete en un acto, en colaboración con D. Juan Colom.
La güelta é Quirico, juguete en un acto.
El teléfono, juguete en un acto.
El himno de Riego, episodio histórico en dos actos
La vocación, comedia en dos actos.
De Madrid á Alcalá, sainete en un acto y tres cuadros.
Tenorio modernista, remembrucia enoemática y jocunda en una película y tres lapsos.
Lance inevitable, juguete cómico en un acto y tres cuadros.
Caricaturas, pasatiempo en un acto y cinco cuadros.
El Maño, zarzuela en un acto en colaboración con don Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
El celoso extremeño, zarzuela en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Gonzalo Cantó, música del maestro Barrera.
De pesca, diálogo en prosa.
El Gay Saber, sainete en un acto y tres cuadros, en colaboración con D. Alberto Casañal.
Los divorciados, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Mujeres vienesas, opereta en tres actos, arreglada del alemán.

Tenorio musical, humorada en un acto y cinco cuadros.

Repaso de examen, entremés.

Recepción académica, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

Cambio de tren, monólogo, en colaboración con D. Alberto Casañal.

A la orillita del Ebro, traducción y arreglo del juguete en un acto «El Avi» de Apeles Mestres.

Los macarrones, juguete, género gran guignol, en un acto.

Il cavaliere di Narunkestunkesberg, ópera humorística en un prólogo y tres cuadros.

La justicia de Almudévar, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Alberto Casañal.

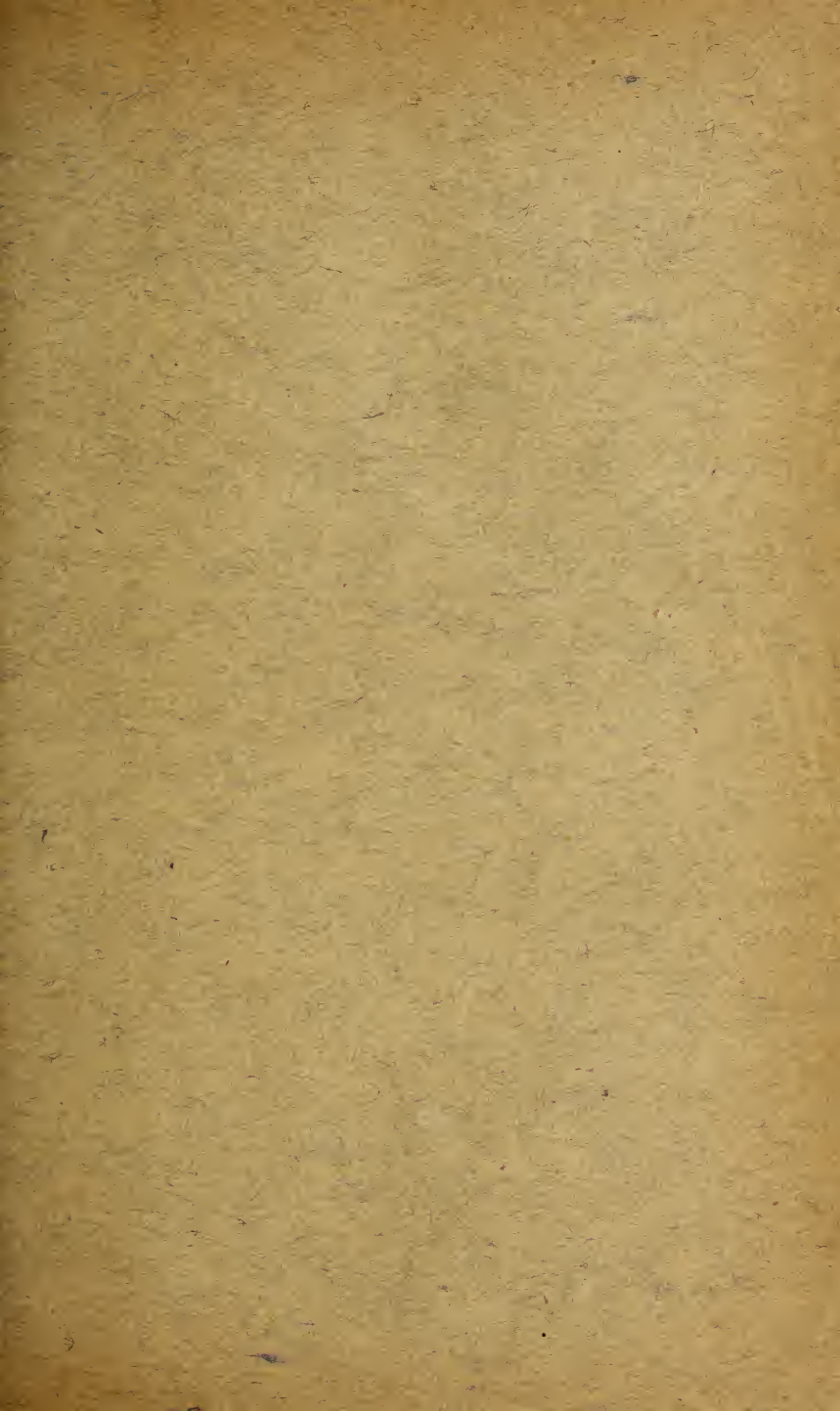
El gran filón, monólogo en prosa.

En un lugar de la Mancha, comedia en tres actos.

La tomadora, entremés en un acto.

Pelé y Melé, entremés en un acto y en prosa.

Colonia veraniega, comedia en tres actos y en prosa.



Precio: TRES pesetas